





Dr. Miguel Ángel Mancera Espinosa
Jefe de Gobierno del Distrito Federal

Lic. Rufino H. León Tovar
Secretario de Transporte y Vialidad

Ing. Joel Ortega Cuevas
Director General del Sistema de Transporte Colectivo

C. José Alfonso Suárez del Real y Aguilera
Subdirector General de Administración y Finanzas del STC

Ing. Salomón Solay Zyman
Subdirector General de Operación STC

M. en C. Óscar Leopoldo Díaz González Palomas
Subdirector General de Mantenimiento STC

C. Ricardo Olayo Guadarrama
Director de Medios STC

Lic. Gabriela Karem Loya Minero
Gerente de Atención al Usuario STC

Lic. Denisse Mauries Vázquez
Coordinadora de Atención al Usuario STC

Lic. Celia Patricia Josefina Pérez López
Responsable de Cultura STC

Ing. Juan Romero Ángeles
Responsable de Ola Naranja STC

Paloma Saiz Tejero
Directora de Para Leer en Libertad A. C.

Para leer de boleto en el Metro
Segunda temporada I

© Óscar de la Borbolla, Juan Gelman, Francisco Hagenbeck, Mónica Lavín, Vicente Leñero, Ángeles Mastretta, Thelma Nava, José Emilio Pacheco, Elena Poniatowska, José Agustín y Paco Ignacio Taibo II.

Ésta es una publicación de la Secretaría de Transporte Público, Metro y Para Leer en Libertad A.C.

Compiladora: Paloma Saiz Tejero.

Cuidado de la edición: Jorge Belarmino Fernández y Alicia Rodríguez.

Diseño editorial y portada: Daniela Campero.

Diciembre 2013.





Para leer de boleto en el Metro

(Segunda temporada 1)







PRESENTACIÓN

El Sistema de Transporte Colectivo Metro y La Brigada Para Leer en Libertad A.C., recuperan un programa cuyas bondades han sido reconocidas en otras partes del mundo.

Para leer de boleto en el Metro (segunda temporada 1) es antes que nada un esfuerzo por promover el acceso de las mayorías a la cultura escrita. Esta antología reúne trabajos de reconocidos autores de estilos variados aunque unidos por un hilo en común, mostrar la riqueza de escritores que viven en la Ciudad de México. Hemos procurado contar con lecturas para todos los gustos: cuentos, poesías, historia y relatos.

La mayoría son textos breves para que en tu trayecto en el Metro puedas terminar de leer alguno o varios de ellos. Sus autores los escribieron esperando que los leyeras y disfrutaras. Todo lo que necesitas es separar las páginas, elegir una historia y hacer lo que millones y millones de personas han comprobado a lo largo de la historia: leer es placentero. Si te dicen que leer puede ser malo, que no es necesario, que sólo es aburrición, que no gastes tu tiempo en eso, no les creas, leer es divertido, alivianado, subversivo, genial. Causa placer, aventuras, adicción, sueños, desvaríos, viajes todo pagado y hasta emociones fuertes.

Este programa confía absolutamente en la buena voluntad y en la solidaridad entre los usuarios del Metro. Con el lema **“Tómalo, léelo y devuélvelo”**, te pedimos que lo leas en el trayecto y lo devuelvas antes de salir.







ÍNDICE

Óscar de la Borbolla	
COARTADAS	9
Juan Gelman	
SELECCIÓN DE POEMAS	19
Francisco Haghenbeck	
LA CITA PERFECTA.....	31
Mónica Lavín	
CRUZAR EL RÍO	43
Vicente Leñero	
LA CARTERA	53
Ángeles Mastretta	
NO ERA BONITA	61
Thelma Nava	
SELECCIÓN DE POEMAS	69
José Emilio Pacheco	
SELECCIÓN DE POEMAS	81
Elena Poniatowska	
LA NOCHE DE TLATELOLCO	93
José Agustín	
DE PERFIL	117
Paco Ignacio Taibo II	
LECCIONES DE HISTORIA PATRIA	129







Óscar de la Borbolla

COARTADAS

Óscar de la Borbolla

1

En un mundo como el nuestro donde la gente pasa inadvertida y se encuentra la mayor parte de su tiempo a solas es muy difícil tener una coartada, pues aunque no siempre seamos culpables de lo que nos imputan, ¿cómo probar que no fuimos nosotros? ¿Quién puede acordarse de lo que hizo o del sitio donde estaba, si los días últimamente se parecen tanto y los martes son iguales a los viernes y no importa mucho si fue en un mes o en otro? Las coartadas escasean, no obstante son tan necesarias para sobrevivir en cualquiera de los círculos de los que formamos parte: familia, trabajo, sociedad, pues nunca falta el aciago momento en el que somos señalados y cómo decir que no, con qué argumento y, sobre todo, con cuáles cómplices.

Ahora que han adquirido tanto auge la medicina preventiva y los seguros contra todo y se pagan previsoramente hasta los servicios funerarios, deberíamos también procurarnos algunas coartadas por si acaso. Es más, no acabo de entender por qué no existen compañías creativas que presten el servicio de sacarnos de cualquier aprieto, de salvarnos de cualquier delación que pueda poner en peligro nuestra vida conyugal o laboral y, más aún, que nos provean de coartadas bien construi-



Para leer de boleto en el Metro
das desde el punto de vista jurídico para vivir tranquilos pese a
la corrupción de los actuales sistemas de justicia.

2

En la adolescencia tuve la suerte de conocer a mi sosias: era tan desagradablemente parecido a mí que al tropezarnos sentí que era una broma de mal gusto. Sin embargo, me reconcilié de inmediato con él al notar que también yo le provocaba el mismo disgusto. Vivía del otro lado de la ciudad y nos encontrábamos en un punto intermedio. Tener de pronto un gemelo despertó en ambos una ambición extraña: enriquecer nuestras experiencias vacacionando a veces en la vida del otro.

Platicábamos largamente, pues en ambos había un insano gusto narcisista; muy pronto descubrimos que era posible sacar provecho de nuestras pocas diferencias: él era bueno para las matemáticas y yo para la literatura; ambos cursábamos el segundo año de preparatoria y se nos ocurrió cambiar nuestras identidades en los exámenes. Los dieces obtenidos soldaron nuestra amistad y abrieron la puerta a unas aventuras estrambóticas.

Lo discutimos mucho y comprendimos que nuestros temores dependían no del hecho de que pudieran descubrirnos, sino de que no nos teníamos la suficiente confianza: ¿qué haría cada uno en la casa del otro?, ¿cómo se comportaría cada quien con la novia del otro?, y así sucesivamente, en docenas de situaciones. Sin embargo, la tentación era inmensa y accedimos con un “total, qué más da”; sólo juramos no meternos en líos: ése era el único límite a nuestros actos de suplantación.

Fue maravilloso ser él, pues aunque sabía todo lo suyo, no era lo mismo saberlo que vivirlo, y otro tanto le pasó a él. Durante un tiempo nos intercambiamos una semana: durante





Óscar de la Borbolla

siete días pudimos ser el otro. Al principio todo era novedad: su casa para mí, la mía para él; su ropa, los cajones de su cuarto y, sobre todo, su novia... terminé enamorándome; pero ella lo seguía queriendo a él en mí. Le propuse cambiar definitivamente a nuestras novias; pero se negó; le pedí, entonces, cambiarnos para siempre: que él se quedara con mi vida, que no nos volviéramos a ver; pero se negó con más fuerza. Terminamos rompiendo nuestra amistad: descubrió que yo había aprovechado la semana en mi verdadera casa para hacer esperable mi suicidio y se asustó. Jamás pude volver a su vida.

3

Con mucho, la mejor de todas las coartadas es haber muerto antes de la fecha en la que se cometió el delito. No importa que esta coartada pueda parecer impracticable o absurda. Considerémosla, aunque sólo sea teóricamente y por un instante: qué mejor argumento se le pude dar a un juez que decirle: “Yo no fui, yo no pude ser, porque ya estaba muerto”. Si la fuerza de la coartada es demostrar que uno no estuvo en una intersección del espacio y del tiempo, no haber estado ya en ningún lugar ni en ningún tiempo es un argumento no sólo convincente sino apabullante.

Ahora bien, ¿es posible llevar esta coartada de la teoría a la práctica? Yo no sólo creo que sí, sino que sé que sí, y la clave está en la diferencia entre estar muerto y estar oficialmente muerto: lo segundo sólo consta en papeles: actas de defunción, oficios, expedientes, pues las cenizas se las llevó el viento.

Para morir oficialmente, basta con conseguir las firmas y los sellos oficiales; luego se puede hacer prácticamente todo sin siquiera tomarse la molestia de limpiar las huellas digitales.





Para leer de boleto en el Metro

Hay muchos muertos que se pasan de vivos, pues tienen la coartada perfecta. No sólo el Cid Campeador sigue ganando batallas.

4

En la ciudad de México todos los habitantes nos quejamos de los embotellamientos, de las marchas que interrumpen el tránsito, de la irracionalidad de las calles, del pésimo servicio que dan los celulares; sin embargo, las más de las veces ese caos es un mero pretexto para justificar nuestra tardanza o nuestras desapariciones. Yo no podría vivir en Alemania con la rigurosamente exacta puntualidad de su sistema de transporte, ni en ningún mundo de primera en donde los teléfonos móviles jamás se descomponen.

La ciudad de México es un supermercado de coartadas con las que he logrado una vida completamente holgada. Porque puedo — gracias a los pretextos que esta urbe me brinda — agendar dos desayunos en la misma mañana; comprometerme a dos horarios laborales que se empalman y hasta tener no una doble sino una triple vida.

Y con todo no es mucho, pues por más que me organizo no he podido convertirme en un marinero del cemento con un amor en cada calle, pero conozco a muchos que aman, literalmente, a la ciudad de México, pues hacen el amor en cada callejón y en cada una de sus cuadras.

A veces siento envidia de ellos; pero luego me alegro de no ser tan ambicioso, pues el periplo que día tras día recorren estos campeones del asfalto los ha obligado, para no enredarse, a tener que someterse a horarios de tanta precisión que ni los trenes alemanes.





Óscar de la Borbolla

5

La peor de las cortadas, obviamente, consiste en decir “yo no fui”: nadie cree en la palabra, y esta verdad universal no sólo priva de sostén al juramento, sino a todo posible sistema de justicia, pues deja ver un rasgo esencial de la condición humana: si la palabra no vale es porque todos mentimos, y entonces ¿qué validez puede tener el individuo que nos juzga?

Dos palabras tienen más peso que una, y por ello la coartada “yo no fui” necesita de alguien que la avale: un cómplice. Pero como tampoco confiamos en la palabra de dos personas, porque también es humano coludirse, es preciso aportar hechos que prueben lo que declaran los testigos. Pero como también los hechos pueden fabricarse, entonces hace falta un experto que sopesa con toda honestidad y lucidez las declaraciones y las pruebas; pero como los jueces son seres humanos...

Esta argumentación ha sido —algunas veces con éxito— el complemento de mi coartada “yo no fui”.

6

Hay un riesgo que puede correrse cuando se construye con mucha anticipación una coartada. En la pubertad conocí a un sociópata: tenía la vocación y físicamente estaba dotado para ser un canalla. Odiaba todo lo que tuviera que ver con la moral o con las leyes, y aunque su padre con los peores azotes intentó corregirlo, sólo consiguió inculcarle un miedo pánico al castigo. Le gustaba robar, le gustaba lastimar a las personas, ponerlas a sufrir; pero como adquirió un horror animal a las represalias, comenzó a construirse una coartada. Estaba convencido, pues con su padre le había funcionado, de que nadie sospecharía de él si se comportaba como un ciudadano modelo.





Para leer de boleto en el Metro

Dejó de robar, se apartó de las malas compañías, y en la secundaria todos respiramos aliviados; sin embargo, me lo dijo una vez, sólo estaba construyendo una coartada para perpetrar el crimen perfecto: un asesinato del que no lo inculparan.

Nuestra formación académica siguió paralela unos años hasta que él optó por estudiar derecho. Dejé de verlo. Con el tiempo supe que era un abogado incorruptible y justo, que se había casado como Dios manda y que tenía tres hijos que lo amaban; de esto último me enteré en su sepelio.

“Su vida fue intachable”, dijo el orador fúnebre; pero al mirar el féretro y recordar su sonrisa sardónica de púber no supe —sigo sin saberlo— si murió antes de terminar de construir su coartada o si tuvo ocasión de usarla sin levantar sospechas.

7

“Yo nunca he necesitado una coartada”, dijo en voz baja un hombre que ocupaba la mesa de al lado en un restaurante; sorprendido me giré para verlo, y efectivamente, tenía la facha de quien jamás ha roto un plato. Agucé el oído, pues aunque su voz era agudísima y taladrante la iba aminorando a cada palabra. “No he necesitado coartadas, porque siempre voy a donde digo y jamás me he apartado de ninguna norma.” “Yo también soy una persona recta —aseguró el segundo comensal, cuya voz sonaba cristalina—, mi vida es sumamente meticulosa: no hago lo que me gusta, sino lo que debo, y lo hago con mucho empeño.” “Igual yo —contestó el primero—, ni siquiera me imagino que pudiera ser de otra forma.”

Después de escucharlos tres minutos, decepcionado, decidí pararme: en aquella mesa no había ninguna historia.





Óscar de la Borbolla

8

Casi todas las personas tienen muchas coartadas a las que deben si no la vida, sí el hecho de que la fiesta haya seguido en paz. A esas coartadas por las que se conservan las buenas relaciones de pareja, el trabajo o los amigos, quiero dedicar este capítulo, pues aunque de acuerdo con la moral es deshonesto el uso de coartadas, la vida resultaría asfixiante si no hubiera manera de librarnos de una comida dominical con la familia pretextando un viaje al extranjero o una jaqueca que nos incapacita.

¿Qué sería de nosotros si no pudiéramos siquiera tomarnos un café con un amigo o con una amiga que resultan antipáticos en el seno doméstico? ¿Qué, si no pudiéramos huir a veces al refugio de un cine o a un hotel para encerrarnos solos o para encerrarnos juntos? ¿Qué sería de nosotros, insisto, si no pudiéramos aderezar la vida siquiera con unas cuantas horas que se aparten de los cauces consuetudinarios?

Cada quien en secreto planea sus coartadas, las ensaya, las guarda y cuando lo cree oportuno las esgrime. No pasa nada y la vida sigue.

Fragmento del libro *La libertad de ser distinto*, Ed. Plaza y Janés.







Óscar de la Borbolla

Nació en la Ciudad de México el 8 de septiembre. Ensayista, narrador y poeta. Obtuvo la maestría en filosofía en la UNAM y el doctorado en la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido profesor de filosofía en la FES-Acatlán de la UNAM; maestro en la Escuela de Escritores de la SOGEM; coordinador de talleres en universidades, casas de cultura y en

CNIPL del INBA; guionista de los programas radiofónicos *Ucronías Radiofónicas* en Radio Educación y *La Carta Radiofónica* en Radio Trece.

Su obra ha sido traducida al inglés, francés y serbocroata. Colaborador de *Alfil*, *Blanco Móvil*, *El Día*, *El Nacional*, *Excélsior*, *Galería*, *Los Universitarios*, *México en la Cultura*, *Plural*, *Revista Mexicana de Cultura*, *Revista Universidad de México*, *Sábado*, *Siempre!* y *Sin Embargo*. Premio Internacional de Cuento Plural 1987 por *Las esquinas del azar*. Premio Nacional de Humor La Sonrisa 1991 por *Nada es para tanto*.

Algunas de sus obras son: *Un recuerdo no se le niega a nadie*, *Las vocales malditas*, *Los siete pecados capitales*, *El amor es de clase*, *Dios sí juega a los dados*, *Asalto al infierno*, *La muerte y otros ensayos*, *Filosofía para inconformes*, *La rebeldía de pensar*, *Nada es para tanto*, *Todo está permitido* y *La libertad de ser distinto*.







Juan Gelman

POEMAS

Juan Gelman

CONFIANZAS

se sienta a la mesa y escribe
«con este poema no tomarás el poder» dice
«con estos versos no harás la Revolución» dice
«ni con miles de versos harás la Revolución» dice

y más: esos versos no han de servirle para
que peones maestros hacheros vivan mejor
coman mejor o él mismo coma viva mejor
ni para enamorar a una le servirán

no ganará plata con ellos
no entrará al cine gratis con ellos
no le darán ropa por ellos
no conseguirá tabaco o vino por ellos

ni papagayos ni bufandas ni barcos
ni toros ni paraguas conseguirá por ellos





Para leer de boleto en el Metro

si por ellos fuera la lluvia lo mojará
no alcanzará perdón o gracia por ellos

«con este poema no tomarás el poder» dice
«con estos versos no harás la Revolución» dice
«ni con miles de versos harás la Revolución» dice
se sienta a la mesa y escribe

CITA XLII

(santa teresa)

¿tanto dolor que no se entiende es como
tanto amor sin entender?/ ¿o sin término?/
¿cifras que sólo están en vos/ dolor/ amor?/
¿por qué tiemblo de estas preguntas/

como ajeno a mi propio padecer?/
¿habrá bondad de vos ahora como
estancia donde solo estoy con vos?/
¿aunque me grite el perra de la mundo

porque perdí toda mi oscuridad/
primer amor de vos?/ hermaname/
desatame/ descadename/ haceme
palito en tu madera/ sea saliva

en tu boca/ sol mío/ pueda ver/
entender tu admirable compañía/
ayúdame a juntar todas mis almas/
no me dejes de vos/ país/ paisame





Juan Gelman

DE LOS DEBERES DEL EXILIO

de los deberes del exilio:
no olvidar el exilio/
combatir a la lengua que combate al exilio/
no olvidar el exilio/o sea la tierra/
o sea la patria o lechita o pañuelo
donde vibrábamos/ donde niñábamos/
no olvidar las razones del exilio/
la dictadura militar/los errores
que cometimos por vos/contra vos/
tierra de la que somos y nos eras
a nuestros pies/como alba tendida/
y vos/corazoncito que miras
cualquier mañana como olvido/
no te olvides de olvidar el olvido

OTROS HECHOS

no me voy solo cuando salgo de vos
y parto en dos la noche
rodeado del temblor de tus brazos
alrededor de un hombre
que anda solo de vos



Para leer de boleto en el Metro

ALLÍ

Nadie te enseña nada.

Nadie te enseña a ser vaca.

Nadie te enseña a volar en el espanto.

Mataron a miles de compañeros y nadie te enseña
a hacerlos de nuevo.

¿Cómo hago yo?

¿Hay que romper la memoria para que se vacíe como
un vaso roto?

Me consuelo de cara a la pared.

Miro navegar rostros en mi sangre y me digo
que no murieron aún.

Pero mueren aún.

Y yo mismo, ¿qué hago mirando cada rostro?

¿me muero en ellos cada vez?

En alguna telita del futuro habrán escrito sus nombres.

Pero la verdad es que están muertos,
amortajados por la incomprensión.

Alzan sueños sin método
contra la vida chiquita.



Juan Gelman

CARTA

te escribo en una hojita de papel
caída del cuaderno del hijo
con una baca un vurro
sumas restas
esta carta que enviaré jamás
tiene delicias y tristezas
y cuando la leías
te ponías muy dulce

porque yo no escribía nada
pero cantaban los pájaros
azules de la izquierda

volaban a tu sombra y callaban
con los ojos abiertos
como memorias en la noche

JUGUETES

hoy compré una escopeta para mi hijo
hace ya tiempo que me la venía pidiendo
y comprendiendo mi hijo que no hay plata que
alcance
pero pidiéndola proponiendo los sitios de la
cocina de la pieza



Para leer de boleto en el Metro

donde recién traída la escopeta esperaba
que él saliera del sueño donde estaba
esperándola
para verla tocarla convertirla después en otro
sueño
no para matar bichos o pájaros o arruinar las
paredes las plantitas
o bajar a la luna de su sitio lunar
no para esas pequeñas cosas molestas mi hijo
quería su escopeta
y esta noche la traigo
y escribo para alertar al vecindario al mundo en
general
porque qué haría la inocencia ahora que está
armada
sino causar graves desórdenes como espantar
la muerte
sino matar sombras matar
a enemigos a cínicos amigos
defender la justicia
hacer la Revolución
y además compré una camita para mi hija donde
acostará su muñeca cubriéndola con el
trapo amarillo
como esa noche que yo estaba por escribir un
poema
intentando apresar los rostros últimos del bello
amor humano
imperfecto perfecto como una madre oscura





Juan Gelman

acercándome a ellos casi rodeando su aire cálido
como un fuego cara a cara a su fuego oyéndolos
temblar inasibles
y mi hija me tomó de la mano para mostrarme
la muñeca
que ella había abrigado en su cuna
tapándole los ojos pintados con un pedazo de
papel para que pueda dormir
y le besó la frente
le dijo que descanse
y yo volví a la mesa y en silencio guardé mis
papeles vacíos

OTRAS PARTES

¿oíste/corazón?/nos vamos
con la derrota a otra parte/
con este animal a otra parte/
los muertos a otra parte/

que no hagan ruido/callados como están/ ni
se oiga el silencio de sus huesos/
sus huesos son animalitos de ojos azules/
se sientan mansos a la mesa/

rozan dolores sin querer/
no dicen una sola palabra de sus balazos/





Para leer de boleto en el Metro

tienen una estrella de oro y una luna en la boca/aparecen
en la boca de los que amaron/
pasan noticias de sus sueños/
arrastran sus lágrimas con un pañuelito detrás como
barriendo el padecer/
como no queriendo mojarlo/
para que el padecer estalle y arda y haga asiento
donde sentarse a pensar otra vez/
nos vamos/corazón/a otra parte/hace mal que no podas
sacar los pies de la tristeza/
aunque es tristeza que besa la mano que empuñó
el fusil y triunfó/
y tiene corazón y guarda en su corazón una mujer y un
hombre pasando como tigres por el cielo del sur/
una mujer y un hombre como tigres enjaulados en
la memoria del sur/
besando hijitos que nunca más van a crecer/
compañeros que nunca más van a crecer y ahora
cosen la tierra al aire/cosen

tu corazón/corazón/sus animales/
una mujer y un hombre
caminando por el cielo del tigre
como tigre que canta/

vámonos con esta perra a otra parte/
no tenemos derecho a molestar/nuestro solo derecho es
empezar otra
vez bajo la luz del sol sereno/





Juan Gelman

los límites del cielo cambiaron/
ahora están llenos de cuerpos que se abrazan
y dan abrigo y consolación y tristeza
con una estrella de oro y una luna en la boca/

con un animal en la boca mirando el centellear
de los compañeritos que sembraron corazón
y levantan su corazón ardiente
como un pueblo de besos/

CUANDO

cuando la Muerte te haga prisionero/
tu casa/¿de qué te servirá?/
aunque esté hecha de ladrillos/
¿de qué te servirá?/
tus tíos/tus hermanos/tu mujer/
¿de qué te servirán?/
morirás/ellos
te ofrecerán un cántaro (rajado)/una esterilla (rota)/el
sudario/
te dejarán en el campo crematorio/
y habrás muerto/sus lágrimas
pronto se secarán/
no perderán el apetito/
no lo olvides cuando estés allá abajo
contestando al notario de la Muerte/
¿hablarás/ya desnudo?/





Para leer de boleto en el Metro

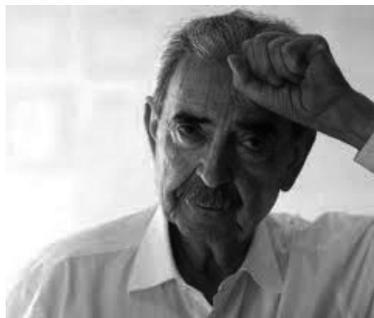
ni bienes ni parientes te servirán/
ellos
no te acompañarán/
¿a quién pertenecés?/
cuanto te fundas con la última pureza
tampoco lo sabrás/
corazón obstinado: te haces el que no entiende/ aunque
mil veces perseguiste
las huellas del poema en el agua/

ramprasad

(1718-1775/kumarhatta- calcutta -kumarhatta)

Poemas tomados del libro *Pesar todo. Antología.*

Fondo Editorial Casa de las Américas.



Juan Gelman

Poeta nacido en Buenos Aires en 1930. Su primera obra publicada fue *Violín y otras cuestiones*. Considerado por muchos como uno de los más grandes poetas contemporáneos.

Fue obligado a un exilio de doce años por la violencia política estatal, que además le arrancó un hijo y a su nuera embarazada, quienes pasaron a formar parte de la dolorosa multitud “de desaparecidos”. En 1997 recibió el Premio Nacional de Poesía. Su obra ha sido traducida a diez idiomas.

Reside actualmente en México, aunque “Volver, vuelvo todos los años, pero no para quedarme. La pregunta para mí no es por qué no vivo en la Argentina sino por qué vivo en México. Y la respuesta es muy simple: porque estoy enamorado de mi mujer, eso es todo”. Perdonando tamaño romanticismo, la ciudad de Buenos Aires lo honró recientemente con el título de Ciudadano ilustre.

Sus publicaciones son numerosas: *Violín y otras cuestiones*, *Juego en que andamos*, *Velorio del solo*, *Fábulas*, *Hacia el sur*, *Interrupciones I y II*, *Carta a mi madre*, *Valer la pena*, *Poemas* (al cuidado Mario Benedetti y Jorge Timossi). Obra poética: *Antología personal*, *En abierta oscuridad*, *De palabra* (1971-1987. Prólogo de Julio Cortázar), *Ni el flaco perdón de Dios/Hijos de desaparecidos*, (en coautoría con Mara La Madrid), *Nueva prosa de prensa*, *Miradas*.







Francisco Haghbeck

LA CITA PERFECTA

Francisco Haghbeck

Para Pancho Ruiz Velasco

Odio las primeras citas. Es natural que todo hombre las odie. Uno debe actuar y ganar un Óscar por mejor interpretación de galán sentimental, o sea mentir. No me gusta mentir, pero en el proceso de apareamiento uno debe mentir. Las aves enseñan sus plumas hermosas, los leones su melena, los gorilas gritan y se golpean el pecho. Todo un espectáculo para el género femenino. Y todo eso sólo para anotar gol y perpetuar la especie. La danza de apareamiento del hombre es más compleja: tiene que hacer cara de que la está escuchando, ponerse de su lado cuando habla de su madre y tener los modales de un mariconcito.

Son puras puterías. Para muchos, soy muy rudo. Lo siento, yo me gano la vida de una manera ruda. Uno no puede andar preguntando su signo zodiacal al pendejo al que le vas a clavar una bala en el cráneo. Mucho menos tienes que hablar de estupideces como el color de moda si te disparan desde un helicóptero. Los matas y a la chingada.





Para leer de boleto en el Metro
No pides disculpas. Pero debo admitir que ésta sí me interesa. Y mucho. Por eso hago todo esto.

Hoy me puse a limpiar el departamento. Traté de que las armas se quedaran bajo llave. Coloqué unas revistas en mi escritorio para verme interesante, las de autos y computación. Las de desnudos y armas las puse debajo de la cama y en el clóset. Eran muchas las de desnudos.

Con todas esas velas, copas y el incienso que he comprado hasta parece casa de diseñador de modas. Y no lo tomen a mal, pero no me enorgullece eso. Cuando mi hermana me dijo que tenía que conocer a su amiga, una modelo de cosméticos, pensé que era otra de sus bromas. No fue así, ella era aún más bonita de lo que me dijeron. Es increíble lo que un par de piernas y el resto del paquete pueden hacerle a uno. Su pelo rubio es la cereza en el pastel.

El primer encuentro fue bastante casual, en un bar, con un grupo. Uno no siente la presión de ser agradable, hay otros que lo pueden ser. La llevé a su casa esa noche y quedamos en volver a vernos. La despedida fue buena, el beso mejor. Una copa en mi casa, fue mi propuesta. Prefiero estar en mi territorio. Luego veríamos si salíamos a cenar. Si tenía suerte, nos quedaríamos en mi departamento.

Mi camisa blanca me queda bien. Los pantalones oscuros no están tan ajustados, al menos mis partes íntimas pueden moverse. Siempre es importante darles su libertad. El atuendo es aprobado por mi espejo.

Desde la mañana grabé varias canciones de mi computadora para un CD. Deseaba la música perfecta, algo suave, pero sin ser arcaico, ni estruendoso, que a mí me perfora los nervios, el estómago y la paciencia, sino del tipo de mú-





Francisco Haghenbeck

sica que ahora llaman, como marca de ropa fina, “adulta y contemporánea”.

Todo listo: velas, copas, música y un poco de vino.

¿Vino? Sabía que olvidaba algo, el maldito vino. ¿Por qué las viejas no pueden beber un buen vaso de whisky o una cerveza helada? No. Todas piden la maldita copa de vino. Blanco, para acabarla de chingar.

Es casi la hora. Mejor olvídalo. Podrás ofrecerle tequila también. Si pide vino, solamente dices “no hay”. No creo que sea difícil eso.

El timbre sonó por toda la casa, hasta las revistas se escondieron un poco más debajo de la cama. Me miré por última vez en el espejo. No se rompió. Era buena señal. Di un largo suspiro, desde el fondo. Y abrí la puerta.

Ahí estaba toda ella. Había traído consigo ese par de piernas que me cortaron la respiración desde la primera vez que las vi, hermosamente envueltas en un paquete ajustado de color negro, demasiado corto para poder tener una conversación normal. El escote en “V” terminaba en la voluminosidad del pecho. La cadena de oro hacía juego con la melena rubia. Seguro los consiguió en el mismo lugar. Su rostro, de quijada afilada, de las que deseas tomarle la barbilla para besar. Los labios, un perfecto diseño de ingeniería genética, Premio Nóbel quizás.

— Llegué un poco temprano. ¿Te importa?

Su voz era dulce — yo aseguraba haber visto pajaritos azules, venaditos y conejitos — cual princesa de caricatura.

— No te preocupes. Ya estaba listo... — contesté con torpeza. Le sonreí y me quedé parado frente a ella mucho tiempo. Demasiado.





Para leer de boleto en el Metro

— ¿Puedo pasar? — preguntó apenada. Mi cerebro se restauró, logrando computar mi idiotez. Me hice a un lado. — Pasa, por favor.

Caminó despacio, como pisando algodones de azúcar. Examinó mi casa como si tratara de encontrar una señal que le confirmara que no estaba saliendo con un posible asesino serial, acosador furtivo o, peor aún, fanático de la guerra de las galaxias.

— Es muy agradable tu lugar.

— Gracias — contesté, atrás de ella, cual perrito faldero.

Ella se desplomó en el sillón. No delicadamente, sino como un edificio al que derrumban con explosivos. Me quedé perplejo.

— Estoy muerta. Tuve un día muy pesado. Nada me haría más feliz que una copa de vino.

Lo dijo. No podía creerlo. Mi cerebro sólo recordó lo que había acordado. Le diría que no hay.

— Claro, en un momento te lo traigo — contesté.

Por un momento dudé que fuera mi voz la que había hablado. Me di cuenta de que la boca a veces funciona por sí sola. Ya luego arreglaría cuentas con ella. Me limité a sonreírle.

— Gracias... Realmente eres agradable.

No podía creer lo que ella acababa de decir. Puse mi grabadora mental en reversa, y lo volví a oír. Sí, me había dicho que era agradable.

Subí un poco el volumen del estéreo y me metí a la cocina no sin antes decirle:

— Siéntete en tu casa. Voy por tu copa.

La puerta de la cocina se cerró detrás de mí, y entré en pánico. En menos de un segundo pensé mil opciones y





Francisco Haghenbeck

pretextos, desde romper una botella de cerveza para decirle que era vino, hasta explicar que era alérgico a las uvas. Opté por la mejor opción: la ventana de la cocina daba a un callejón, no estaba alto. Había escalado edificios más altos y la tienda de la esquina cerraba tarde. Tardaría menos de cinco minutos. Decidí hacerlo.

Los dos tipos tenían agarrado al hombre cuando yo caí frente a ellos. Uno era gordo, rapado y tatuado. Los gordos siempre se tatúan. El del cuchillo era flaco y llevaba puesta una camiseta de los Rolling Stones, tan vieja y gastada que seguro tendría la edad de Richard y Jagger juntos. El hombre era un civil, con su uniforme de siempre: saco, corbata, portafolio y miedo.

—¿Y ora? ¿Qué chingaos? —me dijo el gordo gruñendo.

Me incorporé. Analicé la situación. Ya sabía que ese pinche callejón era peligroso. No entendía por qué los policías no hacían algo.

—También nos lo chingamos... —gruñó el del cuchillo y se abalanzó contra mí.

Lo agarré del brazo y gire con él. El crujido de su hueso me recordó al de una galleta salada. Los gritos de dolor eran desagradables, ojalá no se oyeran en mi departamento. Sería difícil explicarlos, además de mi desaparición. El golpe con mi nuca en medio de sus ojos lo silenció. El cuchillo cayó en el pavimento, al igual que su portador. Una cirugía de nariz se la dejaría igual.

El gordo no se asustó. Los gordos siempre se asustan. Tuve que golpearlo varias veces para derribarlo. Quedó un poco de su sangre en mi camisa. Me tendría que cambiar de regreso.





Para leer de boleto en el Metro

El hombre de la corbata me dio las gracias. Apenas lo oí, pues corrió rumbo a la esquina. La calle estaba tranquila. Una noche más en el vecindario. Y no era mal vecindario. Por eso me encabronaba encontrarme tipos como los que dejé atrás. Inclusive conocía al de la tienda. Llevaba detrás de ese mostrador más de veinte años. La última vez me platicó que estaba orgulloso de haberle pagado la escuela a sus dos hijas. Siempre colocaba un chocolate extra en mi bolsa.

Cuando llegué a la esquina, seguía la luz prendida de la tienda, inclusive se veían algunos compradores noctámbulos. Era mi día de buena suerte. Entré a la tienda con la delicadeza con que entra un huracán en una casa.

El dueño estaba ahí, al frente de su mostrador como siempre.

— Buenas noches — lo saludé apoyado en el mostrador. — Necesito una botella de vino.

Sabía que las guardaba en el refrigerador de la esquina de la tienda. Giré sobre mí y saqué la mejor botella de Chardonay. Regresé en tres zancadas al mostrador. El viejo ni se había movido. No me refiero a que se quedó en ese lugar, o que permaneció parado silbando. No, no movió ni un milímetro de su ser. Ni siquiera pestañeó.

Lentamente me di vuelta. La oscuridad de los orificios de la escopeta estaba a la altura de mis ojos. Profundos, como túnel de tren. A un lado, una pistola 33 automática. Otro revólver me apuntaba desde la esquina. Ninguno de los tres llevaba cara ese día, sólo pasamontañas.

— No te muevas, cabrón.

Lo miré fríamente. Él estaba cerca. Podía derribarlo fácilmente, pero los otros dos iban a causar un poco de problemas.





Francisco Haghanbeck

Levanté las manos. Llevaba mi billetera en una de ellas.

—No quiero ningún problema. Sólo quiero una botella de vino. Aquí está el dinero.

Bajé la billetera y la puse en el mostrador. Los ojos del viejo me miraron nerviosos.

—No te hagas el listo, pendejo — volvió a decirme el de la escopeta.

Mi brazo fue rápido. Atrapé su mano con la 33. Puse frente a mí al hombre, usándolo de escudo. Si el de la escopeta disparaba, le habría dejado un boquete del tamaño de Sonora. No se esperó a ver la 33 apuntándole.

—Quédense con mi dinero. Yo tomo mi vino y me voy — dije alejándome.

Ya estaba en la calle con la botella de vino. Dejé la 33 en la entrada. La mejor operación de mi vida. Por alguna extraña razón, funcionó. Quizás fue como cuando vas a exceso de velocidad, y descubres que la patrulla está muy ocupada con un camión.

Una rubia de piernas grandiosas me esperaba en casa. Regresé corriendo. Antes de trepar a mi departamento volví a darle una tunda al gordo de los tatuajes porque me gritó una grosería. No soporto que se digan malas palabras en mi vecindario.

—Aquí está tu vino — le dije a ella totalmente sudado y entrando a la sala de golpe. Su cara era amarga, de fruta pasada.

—Te tardaste mucho... ¿dónde fuiste? — me dijo seria. La voz también era amarga. Traté de derretirla con mi mejor sonrisa. Coloqué su copa de vino dulcemente en sus manos.





Para leer de boleto en el Metro

— Brindemos — le dije suavemente.

La sonrisa volvió.

— ¿Por quién?

— Por alguien que me ha hecho volver a creer que podemos soñar. Que podemos ser mejores. Que se puede pasar una noche con un ángel...

No era espontáneo, lo había practicado desde hacía días. Después de beber, le quité la copa. Tomé su barbilla. Besarla fue un placer. Mientras la besaba y su lengua exploraba mi boca, recordé los ojos del viejo y a sus hijas. El orgullo de verlas estudiando. Me odio a mí mismo cuando soy débil. Soy un mariconcito débil.

— Ya vengo — le dije, apartándola de mí.

Todavía tenía los ojos cerrados cuando desaparecí por la cocina con mi arma. Sólo me dio tiempo de patear al gordo una vez más. No quería llegar demasiado tarde.

No llegué. Cuando me detuve frente a la tienda, los enmascarados salían con la caja registradora en brazos. Creo que realmente se asustaron al verme de nuevo. Traté de poner mi mejor cara. Cara de actor anunciando pasta dental.

— ¿Saben? Se me olvidó otra cosa — les dije tranquilamente, pasando a su lado.

La escopeta volvió a apuntarme. No me gustó. Saqué mi 45 de mi espalda. Pero no fui lo suficientemente rápido. La escopeta me escupió. Logré esquivar el disparo lanzándome de clavado hacia un lado. La pólvora quemada se incrustó en mi cara. Me ardió. Las municiones hicieron una cascada con los envases de leche que estaban a mi lado.

Desde el suelo le disparé a la cabeza, que estalló como un melón. Los sesos quedaron regados con la leche, cual malteada de fresa con demasiado colorante. El otro





Francisco Haghenbeck

tipo comenzó a disparar su arma. No eran profesionales. Le atinó a todo, menos a mí. Ni siquiera pudo atinarle al viejo que seguía con las manos en alto. Salí detrás del mostrador, desde donde me protegía. Salté como gato sobre él. Tomé su arma, que seguía disparando. Cuando apresé su brazo, giró hacia el que cargaba la máquina registradora. La bala le cruzó por un ojo, pero siguió caminando con la caja como zombie de película, hasta que cayó al suelo estruendosamente. La caja se abrió. El ruido fue tan escandaloso que seguro despertó a todo el vecindario. El último no fue tan difícil. A quemarropa con mi 45.

El viejo se incorporó detrás del mostrador. Bajé mi arma y me disculpé.

—Lo siento. Espero que me perdone, pero esa chava sí está muy buena.

No me entendió. Regresé sin correr a mi departamento. Le di otra patada al gordo. Esta vez de puro coraje.

No me sorprendió no encontrarla. En su lugar, me dejó una nota en el refrigerador escrita con lápiz labial. No era una nota agradable. Nunca pensé besar una boca que pudiera decir esas groserías. Ni siquiera se molestó en cerrar la puerta al irse.

Yo la había cagado con todas sus letras. Suspiré. Todas las pinches velas y el teatrillo había sido en vano. Adiós danza de apareamiento. No había remedio. Tomé la botella de vino y la metí al refrigerador. Al abrir la puerta, sonó un cascabeleo. Dos botellas de vino que se enfriaban se golpearon entre sí, produciendo ese sonido particular de campanitas de Navidad. Había olvidado que las había comprado la semana pasada.





Francisco Haghenbeck

Nació en la Ciudad de México. Escritor y guionista de cómics. En conjunto con Brian Augustyn y Oscar Pinto escribió el guión de *Crimson*, una serie de cómics de fantasía y horror, primero publicada por Image Comics y después como parte de la línea Wildstorm, de DC Comics, entre 1999 y 2001.

Su siguiente obra fue *Alternation*, publicada por Image Comics en el año 2004. Además creó el guión, también con Oscar Pinto y Brian K. Vaughan, para una versión de Superman de DC Comics en 2002.

En 2010 escribió la antología de cómic *Un mexicano en cada hijo te dio*; además del cuento para niños *Santa vs los vampiros y los hombres lobo*, con Tony Sandoval. Escribió las novelas *Trago amargo* (Premio Nacional de Novela Una Vuelta de Tuerca, en el año 2006), *El código nazi* y *Solamente una vez: toda la pasión y melancolía en la vida de Agustín Lara...* En 2009 escribió la novela *Hierba santa*, una biografía en realismo mágico sobre Frida Kahlo, traducida a varios idiomas. En 2010 publicó el thriller *Aliento a muerte*. En 2011 publicó la novela *El diablo me obligó*. Su más reciente novela es *La primavera del mal*.







Mónica Lavín

CRUZAR EL RÍO

Mónica Lavín

Cruzar el puente internacional no es tan fácil como antes. Quién diría que, cuando se celebraba el onomástico de George Washington, no se pedían papeles y unos y otros andábamos por las calles alborotados. Veíamos el desfile de caballos, escuchábamos a las bandas de este lado y del otro del río, se bebía agüita de jamaica o de limón de los vitroleros en la plaza. Se jugaba lotería, había cohetes y otros fuegos artificiales por la noche. Era una fiesta americana, pero la celebrábamos a la mexicana. Nadie preguntaba quién era de dónde. Se respiraba México en las calles de Laredo y a mí me gustaba ir a la fiesta. Todos los de la *high school* participábamos organizando puestos de kermés, que si tacos de machacado o de frijol con chorizo.

No sé manejar y cruzo a pie. Además, ya no tengo edad de aprender. A Balm se le olvidó ese detalle, y en Saint Paul no era del todo necesario. De alguna manera él o el chofer o la cocinera Bessie me solucionaban la vida y yo tenía una casa muy arreglada y tiempo para leer. Cruzo a pie. Llevo una sombrilla para el sol. Si Richard o mi padre vivieran, me preguntarían qué necesidad tengo de ir a Nuevo Laredo. Dirían que es peligroso. Siempre han tenido esa idea.



Para leer de boleto en el Metro

*

Felipe Ángeles cruza la línea. Le han advertido que no es lo más conveniente, pues el presidente Carranza le tiene gatos. Siempre Leonor Villegas piensa que ella tiene la culpa de alguna manera, o Adolfo. Seguramente Adolfo le deseó la muerte. Ocultó los celos provocados por la manera en que Leonor se conducía en la cena en el Plaza de Nueva York. Sonrojos, brillos, persistencia de la mirada que le conocía de otro tiempo y que no había vuelto a ver. Su mujer, que a los cuarenta en aquel 1919, parecía una chiquilla.

— Tiene que volver a México.

Y Felipe se quedó pensando que tenía razón aquel mexicano atildado y rico. No más traducciones ni papeleos. En su oído retumbaba el golpe de los cañones. El olor fosfórico suspendido en el aire después del disparo. La sincronía desde los cerros donde aquellos falos metálicos se confundían con la hojarasca para estallar y sorprender, como furibundas eyaculaciones para acabar con vidas y no para sembrarlas. No era un asesino. Era un estratega. Carranza le debía varias, le debía la mirada directa, una disculpa por haberlo excluido de sus batallas y un gracias, mi general Ángeles, porque Venustiano no era ningún militar de carrera como él. Porque la alianza con el Centauro, ese gordo niño, bravucón y echado para adelante, tan intuitivo como temerario, había ido inclinando la guerra hacia los rebeldes. Pero aquel rancharo rico, aquel hombre de cabildeos y astucias, que no de sapiencia guerrera, lo había ninguneado. Que si por haber sido funcionario con Díaz. Mentira, no quería perder brillo ni dañar su imagen de viejo sabio y sensato, construida con paciencia y muchas fotografías. Así que cruzó por Laredo hacia Nuevo Laredo. Pensó en visitar antes a los Magón. Tomarles la palabra





Mónica Lavín

y compartírlas: “Voy a regresar. ¿Qué? ¿No ganamos? ¿No éramos todos los del bando contrario?”.

*

Era peligroso cruzar el puente en esos días de la Revolución, pues en cuanto había aviso de que se acercaban los rebeldes, las familias buscaban a sus parientes en Laredo y llegaban cargando sus cosas. Pensaban en forajidos que les quitarían todo, y a la mera hora fueron los federales quienes, resentidos por perder la batalla, prendieron fuego a la ciudad. Por eso no voy a buscar la memoria que se llevaron las llamas. No hay actas de nacimiento, de matrimonio ni de defunción. Hay edificios borrados, pero está la estación de tren con sus bancas curvas de madera y la promesa de otros parajes en el andén. Me gusta caminar. Y necesito la estación para cumplir el mandato de Leonor, para sentir a México.

Sí, Richard, fue muy grato dormir junto a tu cuerpo grande y lampiño tantos años, pero reconozco que me da cierto placer tener tiempo para mí, y silencio. Eso no quiere decir que no te extrañe. Yo no sé si eras celoso, pero parecía que Jenny Page era tu niña y no tu esposa. Si hubiéramos tenido hijos, seguro que se hubieran acomodado las cosas de otra manera. Ellos nos necesitarían como padres y tú no hubieras asumido ese papel. “¿Qué escribes?”, me preguntaste un día en que, después de la cena, me fui al escritorio de la biblioteca y anoté en una libreta. “Unos versos”, te dije. Los querías ver y yo no quería. Te encelaste. Pensaste que eran confesiones de amor, alguien nuevo o un recuerdo imborrable, que es peor. Me acordé de ese cuento de Joyce donde el marido no resiste que su mujer se entristezca por el recuerdo de un chico que ella amó, sobre todo porque ese chico murió después de que, enfer-





————— **Para leer de boleto en el Metro**
mo, fue a despedirse de ella bajo la lluvia helada. Intuías que mi vida tenía ese tipo de recuerdos. Tanto callarme los meses en que estuve en la Revolución, que ya te parecía extraño. Tomaba la pluma, temerosa de que lo que escribiera fuera la historia de Ramiro Sosa. Garabateaba dos o tres líneas. ¿Quién quiere recordar para no hacer nada por aliviar la nostalgia? ¿A quién le conviene revivir la sangre y la piel ennegrecida, el olor de las heridas brillantes de pus, el color pardusco de los muertos, los orines del miedo de los hombres? ¿Quién quiere recordar lo que parece la historia de otra Jenny? La de antes del confort, la que se dobló con la vida suave y sin carencias. La que prefirió no limpiar un culo más de soldado inválido, la que no quiso respirar la fetidez de la gangrena ni escuchar obscenidades ni condolerse mientras escribía las cartas para los familiares. Esa Jenny está muy dentro de la piel de esta Jenny que se dirige a la estación para sentarse en las bancas y sentir su cuerpo protegido por la madera curva.

Yo no escribía sobre el soldado cuando Richard exigió que le mostrara la libreta. Escribía sobre la tristeza. “Muéstramela”, dijo celoso. Cuando la leyó, se inquietó. Creía que nuestra vida garantizaba la felicidad permanente. Ni siquiera me había preguntado por qué dejaba encendida la luz de la mesilla por la noche. Desde mi primera protesta había accedido, y nunca más había hecho alusión al alivio que me producía que la habitación nunca estuviera totalmente oscura. Respetaba ese miedo y las formas de aliviarlo o no quería saber la razón; no quería comprobar mi fragilidad, sólo cobijarla. Tal vez él mismo temió sentir tristeza. Nunca se sentaba en la pérgola, que era donde a mí me llegaba, con pedacera del Río Grande y tronidos de los máuseres. No me atrevía a nombrarla. Ahora que caminaba sobre el puente y entre la malla de





Mónica Lavín

metal miraba el río, ese pasado volvía fresco, como si hubiera sido congelado para derretirse en otro momento y latigear mi corazón; devolverme las razones por las que no tuve objeción en irme de Laredo, muy lejos de la frontera; en dejar a Leonor y a la tía Lily con sus deberes y sus hazañas. Necesitaba poner desierto de por medio, montañas y llegar a la ribera de un lago, distinto y distante de ese río amenazante que tan pronto era promesa como destino de muerte. Necesitaba abandonar el español con sus jotas sonoras y sus erres imposibles y volver a la suavidad del inglés, mi lengua paterna. Ahora que cruzaba de vuelta descubría en otros rostros la mirada oscuramente alegre de mi madre, su ingenuidad maliciosa. Escuchaba al guardia de migración, su torpe inglés que me permitía pedirle que me hablara en español, asegurarle que yo lo entendía. Y si se me había percutido quería ponerlo al sol de nuevo. Perderme en su virilidad sonora. Era más poderoso para mis oídos y acompañaba mejor la temperatura de mis emociones.

*

Leonor pasa el puente en el Packard de su hermano. Va a llevar flores a la tumba de su madre, Valeriana. Ahora va tres veces al año: en su cumpleaños, en el de su madre y en la fecha de su muerte. Quiere reponer aquellos años en que anduvo curando enfermos, acompañando generales, siguiendo la luz del presidente asesinado, y la olvidó. Ahora la luz proviene de los muertos. De aquél que antes de morir la insultó, cuando descubrió aquella cadena con una gota de esmeralda que pendía del cuello:

— Ustedes los ricos se mueren en blandito.

Y la luz provenía de Felipe: traicionado, arrestado y juzgado por una corte criminal en Chihuahua. Fusilado.





Para leer de boleto en el Metro

Leonor se resiste a creer que lo mandaron matar. Una venganza postergada. No se lo podría perdonar a Carranza.

*

A nadie le tengo que explicar que vengo a escribir la historia de Leonor Villegas y que las vías y la estación me hacen sentir a ese México que un día sí y otro no quedaba descoyuntado, los trenes varados, las vías levantadas. Fue en la estación de Laredo y no del lado mexicano donde esperé con las otras chicas a que partiera el tren que nos llevaba a El Paso. Era abril y el calor todavía no era feroz. No sabía lo que me esperaba. Tampoco sabía que el corazón se puede enganchar en las espinas de las cactáceas y quedarse allí, agujerado. La estación de tren de Nuevo Laredo es nueva. Vengo aquí para escribir sin la pluma, para sentarme en la banca y recordar mi figura esbelta, el mandil que llevábamos en el equipaje, la cofia y la banda azul que nos distinguía como Cruz Blanca. La llevábamos puesta en el brazo izquierdo, por encima del codo, sobre nuestros vestidos de viaje. Vengo a la estación mexicana para recordar las estaciones de Ciudad Juárez, de Chihuahua, de Torreón, de Saltillo. Nuestras caras expectantes, jubilosas. Cualquiera diría que la primera vez que salió la tercera brigada de la Cruz Blanca, íbamos a un festejo y no a la guerra. Las más jóvenes éramos las más inconscientes, porque las hermanas Blackaller de Monterrey y Rosaura Flores de Saltillo, más adustas en sus maneras, parecían saber más del asunto. Ganaran o perdieran los nuestros en la batalla que se libraría en Torreón, nosotras tendríamos el mismo trabajo, la misma función. Así nos los hizo saber Rosaura:

—Puede que, si ganamos, haya menos heridos, pero habrá. Prepárense, muchachas.





Mónica Lavín

Lo dijo mientras algunas cantaban en las bancas de la estación, acodadas en los bultos de equipaje. Parecía que quería matar nuestro revuelo de jóvenes ilusas. Lo logró porque, después de que encaramos lo que vendría, nos quedamos calladas. Yo pensé en papá, sentado en la cama de mi habitación, con el corazón deshecho cuando descubriera, esa noche en que yo no había vuelto, que su Jenny había tomado rumbo para estar en una guerra del otro lado, del lado salvaje, como él decía, que ella también poseía. Lo deduciría pronto y se consolaría diciendo a los demás que me había ido a escribir sobre la guerra. Tal vez primero buscara a ese tal Enrique de cuya existencia no tenía idea, pero se daría cuenta de que no era allí donde estaba su Jenny.

*

Fue en Laredo donde lo engañaron. Lo traicionaron los suyos: que vamos a vengar a Carranza, que nosotros te pasamos por el río, Lucio. ¿No lo fuiste a recibir en la Convención de Aguascalientes cuando renunció y les dejó el poder para que vieran qué hacían con la papa caliente? Por más veleidoso que fuera Lucio Blanco, quería a Carranza. Le había dolido su muerte artera, allí, bajo la lluvia y en su descubijo del sueño. ¿Cómo chingados no vengaría a los sátrapas que lo ultimaron?

— Ándenle pues — dijo tras unos tragos y mucha labia.

Y los tres se subieron al bote y uno que distrae a Lucio mientras le coloca las esposas y luego le pone la otra a Martínez. Y amenaza con un arma a Blanco, que se tira al río llevándose al otro, los dos atragantándose de agua. El disparo de Ortega da en Martínez, que ahoga a Lucio con su peso.

Los encontraron corriente abajo varios días después, los cuerpos hinchados, los rostros masticados por los peces.





Para leer de boleto en el Metro

*

Lily y Leonor, sentadas en una mesa, revisaban papeles; todo lo que era necesario para que pudiésemos llegar a donde nos esperaban, como había indicado el general Pablo González a Leonor. Así nos lo dijo la señora Magnón cuando nos reunió esa mañana en su casa de Flores:

— Necesito veinticinco muchachas.

Había más en aquella reunión y las más jóvenes fueron dispensadas. Yo me salvé porque la tía Lily me tenía bajo su cargo. Arguyó que, además, yo escribiría para *La Crónica*.

— Tienen que saber que existimos — insistió a Leonor cuando la miró, perpleja por llevar a una chica americana que quería participar en la revuelta mexicana.

No sabía que al sentarme en las bancas gastadas vendría esa avalancha de voces y rostros. Si Leonor ya había disparado el desfile de instantes con sus memorias escritas y las fotos atesoradas, la estación con su ajetreo y el tren que esperaba afuera para partir a la ciudad de México me acelera el pulso, me devuelve el ruido antiguo de las máquinas.

Recuerdo la mano de Richard, saliendo del puño blanco de la camisa como la punta de un rifle que exigía ver las palabras que había plasmado en una libreta íntima. La verdadera historia, las razones de la tristeza que Richard quería descubrir en el papel, llegan ahora como un arroyuelo incipiente. Un presagio tan sólo del hielo que ha empezado a fundirse.

Fragmento del libro *Las rebeldes*, de Editorial Grijalbo.





Mónica Lavín

Escritora y periodista. Estudió biología en la UAM-Xochimilco. Asistió al taller de Mempo Giardinelli. Es autora de libros de cuentos: *Cuentos de desencuentro y otros* (Col. Letras Nuevas, SEP CREA, 1986), *Nicolasa y los encajes* (El Volador, Joaquín Mortiz, 1991), *Retazos* (Editorial Taba, 1995), *Ruby Tuesday no ha muerto* (Diana-Difocur de Sinaloa, 1998), *La isla blanca* (Lectorum, 1998) y *Porsevillanas* (ISSSTE, colección ¿Ya léíste?, 2000); de las novelas *Tonada de un viejo amor* (Col. Aura, Selector, 1996), *Cambio de vías* (Plaza y Janés, 1999) y *Café cortado* (Plaza y Janés, 2001), *Yo la peor* y *La casa chica*; las novelas para jóvenes: *La más faulera* (Plaza y Janés, 1997), *Planeta azul, planeta gris* (ADN y CNCA, 1998).

Ha colaborado en publicaciones de divulgación cultural y científica. En 1996 recibió el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen por el libro de cuentos *Ruby Tuesday no ha muerto*. En 2001 recibió el Premio Narrativa de Colima para obra publicada *Café cortado*. Es maestra de cuento en la Escuela de Escritores de SOGEM, imparte talleres de narrativa y colabora en diversas publicaciones.







Vicente Leñero

LA CARTERA

Vicente Leñero

— Dame veinte pesos para pagar la tintorería.

Al meter la mano en el bolsillo trasero del pantalón me di cuenta. Pensé que la había guardado en el saco. ¿En el saco? ¿Dónde está el saco? Aquí no está. Imposible. Arañé el forro del pantalón, el bolsillo izquierdo. Saqué el pañuelo, las llaves, dos pesos de plata. Me levanté, pálido, mientras volvía a introducir la mano en el bolsillo trasero. Fui al comedor. En mi silla del comedor había colgado el saco. Llegué. Abrí el candado, empujé la reja, entré en la sala, crucé la sala, entré en el estudio para dejar el portafolio en la mesa y luego fui al comedor. El saco estaba colgado en la silla. Antes entré en el baño, pero sólo a lavarme las manos. Fue en el comedor donde me desanudé la corbata y me quité el saco. Lo colgué en el respaldo de la silla. El saco estaba allí. Palpé por fuera los bolsillos y saqué la agenda. No podía estar detrás de la agenda; hace demasiado bulto, no cabe, o sí cabe pero hace demasiado bulto. En la otra bolsa, bolsillo, bolsa, bolsillo, carajo no, claro que no, cuándo se me ha ocurrido guardarla allí. No está. Ya me chingué. Abrí el candado, empujé la





————— **Para leer de boleto en el Metro**
reja, entré en la sala, crucé la sala, entré en el estudio para dejar el portafolio en la mesa y luego fui al comedor. Antes entré en el baño. Antes entré en la cocina. En la cocina me agaché para buscar el destapador, me puse de rodillas. En la cocina no. Fui a la cocina. En la cocina, imposible.

— ¿No la encuentras?

Entré en el comedor, palpé las bolsas del saco. La pluma atómica, la agenda, la caja de cerillos, un botón. Me lleva la chingada, ya me fregué. En la oficina. La dejé en la oficina. Le pedí a Gilberto que me fuera a comprar cigarros. La saqué y no la volví a guardar. Le di un billete de a diez, de cuánto fue el puto billete que le di a Gilberto: de a diez, un billete de a diez le di a Gilberto para que me fuera a comprar cigarros. Así estuvo. La dejé sobre el escritorio porque la colilla del cigarro se había caído al suelo. Me incliné para levantarla y le di una última fumada antes de aplastarla en el cenicero. Estaba pensando en Nikita, pinche Nikita Jrushov ojalá y te mueras. Le dije a Gilberto: sin filtro, y ya no miré al lugar donde la puse porque la frase sobre Nikita la tenía aquí y se me podía escapar. Escribí de corrido hasta el punto y aparte. Luego. Luego me seguí escribiendo toda la cuartilla. No estaba allí encima, sino en el suelo. Cuando me incliné para levantar la colilla del cigarro la empujé con el codo sin darme cuenta y me puse a escribir hasta terminar la cuartilla. Gilberto regresó con los cigarros y con el cambio de mi billete de a diez. Gracias Gilberto, y en seguida me guardé el cambio en el bolsillo. Eran dos pesos plata y pico. El billete era de a diez. Me devolvió uno de a cinco junto con los dos pesos plata y pico. Guardé el billete de a cinco en la cartera que tomé del escritorio donde la había dejado después de dar el billete de a diez a Gilberto para que me fuera a comprar una cajetilla de





Vicente Leñero

cigarros sin filtro. Era de a cinco el billete. No necesitó darme un billete; yo nada más guardé los pesos plata y las monedas en el bolsillo del pantalón. El billete era de a diez. Entonces me guardé el billete de a cinco en la cartera. El billete era de a diez, claro. Fernández me preguntó: ¿no tienes dos de cinco para que me cambies uno de a diez? No, le dije, sólo tengo uno de a diez. Saqué la cartera y le mostré los dos billetes de a diez que tenía junto con los cuatrocientos. Eso no fue hoy. Saqué la cartera y le mostré los billetes grandes que traía. Eso fue hoy. Le pedí a Gilberto que me fuera a comprar cigarros para cambiar el billete. Pensé que necesitaba cambiar el billete. Le di uno de a diez. Me devolvió uno de cinco junto con los dos pesos plata y pico. Guardé el billete de cinco en la cartera y me guardé la cartera en el bolsillo trasero del pantalón. No la dejé en la oficina. No se cayó al suelo. No se cayó porque luego, claro, ya está, así es exactamente, qué pendejo, claro, luego la volví a sacar. Exacto. Así fue. La volví a sacar. Quiere decir que salí de la oficina con la cartera en el bolsillo trasero del pantalón, aquí, como siempre. Qué pendejo .

En el café. Dejé dos pesos plata. Los dos pesos plata que me devolvió Gilberto los metí antes que el pañuelo. No hicieron ruido. No me acordé que los traía: pagué el café con el billete de cinco, o con el otro de diez. Cómo estuvo. Tendría ahora cinco pesos plata y sólo tengo dos. Los dos pesos plata que me devolvió Gilberto. Subí al camión. Pagué con las monedas. No tuve necesidad de sacar la cartera. Únicamente: zas, ahí está. Ya no compré nada después. ¿El periódico? Después del café, nada. No, nada. Nada, nada. Tal vez entonces en el café. Qué pendejo, claro: junto con la cajetilla de cigarros. Se me olvidó, no me di cuenta. Me levanté a hablar por teléfono. Ya había paga-





————— **Para leer de boleto en el Metro**
do cuando me levanté. No volví a la mesa. El teléfono estaba ocupado y ya no regresé a la mesa donde olvidé la cartera y la cajetilla de cigarros. La cartera con los cuatro billetes de cien y lo demás: el recibo de la luz, la credencial, las fotografías, la licencia; la licencia de manejar, me lleva la chingada. Bueno. La licencia, la credencial, el recibo de la luz, las fotografías, la boleta para recoger el reloj, etcétera. La licencia. Sobre todo la licencia de manejo. Y los cuatrocientos. Sobre todo los cuatrocientos. Como si los hubiera gastado en qué. Un traje, camisas, zapatos, qué más. Como si los hubiera gastado en mandar a hacer el librero. No, menos, como si los hubiera gastado en unas vacaciones a Acapulco, en avión. No, cuánto cuesta el avión. Para qué fui a cobrar. Qué imbécil. Maldita la hora. Toda la mañana perdida. Pero qué buey, qué pendejo, ah qué pendejo soy. Con cuatrocientos pesos: la mitad de la renta que ahora me va a salir en mil doscientos, como si estuviera en una casa de mil doscientos mensuales o en un penthouse de mil doscientos. Qué pendejísimo, carajo. Hago de cuenta que los gasté en un traje y ya. ¡Cuatrocientos pesos!

— ¿No la encuentras?

En el café la saqué por última vez. La mesera me conoce. Pero son cuatrocientos pesos (y siempre, aunque me conozca). Qué chinga. Qué bruto. Lo que pasó fue que, no, nada. Pendejo. Salí del café y ya no volví a necesitar la cartera. Pagué con los dos pesos plata que me devolvió Gilberto. Como estaba con lo de ese artículo estúpido sobre Nikita Jrushov ya no me di cuenta, ya no me acordé de la cartera. La cartera se cayó al suelo. Allí estará todavía. Si yo no la vi, tampoco la vieron los demás. Me habrían dicho: oye, mira, se te cayó la cartera. Allí estará todavía. Doce veintiocho noventa y tres. Arturo ya sa-





Vicente Leñero

lió a comer. Ahora hasta más tarde, cuando llegue la secretaria. Doce veintiocho noventa y tres. A la mejor está Gilberto. En el camión no pagué con el cambio. No, no pagué con el cambio. Fue con un billete. El chofer me devolvió cuánto. Saqué la cartera. Saqué el billete del bolsillo del saco. Cuando Gilberto me dio el cambio del billete de diez no guardé el de cinco en la cartera sino que me lo metí en el bolsillo nada más y ya. Con eso pagué el camión. Lo pagué con un billete y me dieron cambio. Ahora sí me dieron pesos plata. Me dieron billetes. Tres billetes y un peso plata. Entonces debería traer dos y uno, tres; no: cuatro y uno, no, seis. No, seis pesos plata no. Sonarían. El camión iba repleto. Por la apuración ya no pensé en los pesos plata que traía. Saqué la cartera para pagar pronto. Y ya. No saqué la cartera: la cartera se quedó en la mesa del café, la mesera me conoce; allí la puse cuando pagué y fui a hablar por teléfono, pero el teléfono estaba ocupado y regresé a la mesa por mi cajetilla de cigarros; por lo tanto, recogí también la cartera. La abrí para ver los cuatrocientos pesos: cuatro, cuatro, cuatro billetes de cien. Me la robaron en el camión porque la saqué para pagar. No la saqué, pero la traía. Nunca se me ocurrió que me la pudieran robar. Me la robaron. No me di cuenta. Rateros cabrones. Aquel tipo. Cuando el frenazo me pidió disculpas, pero eso no quita que el hijo de su pinche madre me haya metido la mano en el bolsillo, son unos listos esos hijos de la chingada, lo tienen bien estudiado. Traía cuatro pesos plata: con dos pagué el café y con los otros dos, con un peso plata solamente, pagué el camión. Qué pendejo. Con cuatrocientos pesos qué hubiera podido comprar. Pagarle a Fernández. Eso me pasa por no querer pagarle a Fernández, latoso de mierda. Ahora la renta me saldrá en mil doscientos, qué bruto. Me bajé del camión. Y ya no tuve





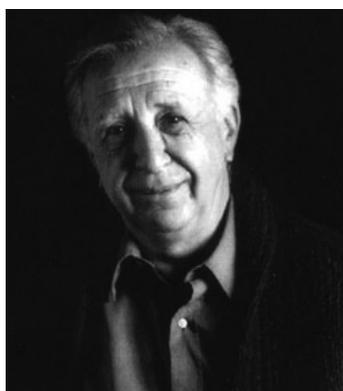
————— **Para leer de boleto en el Metro**
necesidad de sacar la cartera para nada. Fue en el camión. O
con suerte está en la oficina. Ojalá. A lo mejor en el café. La me-
sera me conoce. Es honrada, tiene cara. De todos modos quién
sabe, porque es muy difícil que la haya dejado en la mesa. No
la vi. No estaba. Está en la oficina. Doce veintiocho noventa y
tres. Hasta las cuatro llega Arturo, o la secretaria. Allí se quedó.
Arturo es derecho. Capaz de que la secretaria se da el gusto. O
la tiré en la calle, al bajar del camión, cuando saqué el pañuelo.
No, nunca meto el pañuelo en el bolsillo de atrás. Qué pendejo.
Fue en el camión. Qué pendejo. Qué estúpido. Perder así cua-
trocientos pesos.

— ¿No la encuentras?

Qué pendejo.

Acento, 1963

Fragmento del libro *Cajón de sastre*, Ed. UAP.



Vicente Leñero

Novelista, guionista, periodista y dramaturgo mexicano nacido el 9 de junio en Guadalajara, Jalisco. Se graduó en la Universidad Nacional Autónoma de México en 1959 con el grado de ingeniero civil, pero Leñero pronto se refugió en la escritura para ganarse la vida.

Ha escrito numerosos libros, historias y obras de teatro. Ganó el Premio “Xavier Villaurrutia” en el 2001, y al año siguiente recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes de México en literatura y lingüística. Algunas de sus obras son: *La polvareda*. *La voz adolorida*, *Los albañiles* (Premio Biblioteca Breve). Leñero también ha incursionado en otros géneros. Fue guionista de la película *El crimen del padre Amaro*. También ha publicado notas periodísticas en el diario *Excélsior* y en las revistas *Claudia* y *Proceso*.







Ángeles Mastretta

NO ERA BONITA...

Ángeles Mastretta

No era bonita la tía Cristina Martínez, pero algo tenía en sus piernas flacas y su voz atropellada que la hacía interesante. Por desgracia, los hombres de Puebla no andaban buscando mujeres interesantes para casarse con ellas y la tía Cristina cumplió veinte años sin que nadie le hubiera propuesto ni siquiera un noviazgo de buen nivel. Cuando cumplió veintiuno, sus cuatro hermanas estaban casadas para bien o para mal y ella pasaba el día entero con la humillación de estarse quedando para vestir santos. En poco tiempo, sus sobrinos la llamarían quedada y ella no estaba segura de poder soportar ese golpe. Fue después de aquel cumpleaños, que terminó con las lágrimas de su madre a la hora en que ella sopló las velas del pastel, cuando apareció en el horizonte el señor Arqueros.

Cristina volvió una mañana del centro, a donde fue para comprar unos botones de concha y un metro de encaje, contando que había conocido a un español de buena clase en la joyería La Princesa. Los brillantes del aparador la habían hecho entrar para saber cuánto costaba un anillo de compromiso que era la ilusión de su vida. Cuando le dijeron el precio le pareció





————— **Para leer de boleto en el Metro**
correcto y lamentó no ser un hombre para comprarlo en ese instante con el propósito de ponérselo algún día.

— Ellos pueden tener el anillo antes que la novia, hasta pueden elegir una novia que le haga juego al anillo. En cambio, nosotras sólo tenemos que esperar. Hay quienes esperan durante toda su vida, y quienes cargan para siempre con un anillo que les disgusta, ¿no crees? — le preguntó a su madre durante la comida.

— Ya no te pelees con los hombres, Cristina — dijo su madre. — ¿Quién va a ver por ti cuando me muera?

— Yo, mamá, no te preocupes. Yo voy a ver por mí.

En la tarde, un mensajero de la joyería se presentó en la casa con el anillo que la tía Cristina se había probado, extendiendo la mano para mirarlo por todos lados mientras decía un montón de cosas parecidas a las que le repitió a su madre en el comedor. Llevaba también un sobre lacrado con el nombre y los apellidos de Cristina.

Ambas cosas las enviaba el señor Arqueros, con su devoción, sus respetos y la pena de no llevarlos él mismo porque su barco salía a Veracruz al día siguiente y él viajó parte de ese día y toda la noche para llegar a tiempo. El mensaje le proponía matrimonio: “Sus conceptos sobre la vida, las mujeres y los hombres, su deliciosa voz y la libertad con que camina me deslumbraron. No volveré a México en varios años, pero le propongo que me alcance en España. Mi amigo Emilio Suárez se presentará ante sus padres dentro de poco. Dejo en él mi confianza y en usted mi esperanza”.

Emilio Suárez era el hombre de los sueños adolescentes de Cristina. Le llevaba doce años y seguía soltero cuando ella tenía veintiuno. Era rico como la selva en las lluvias y arisco





Ángeles Mastretta

como los montes en enero. Le habían hecho la búsqueda todas las mujeres de la ciudad y las más afortunadas sólo obtuvieron el trofeo de una nieve en los portales. Sin embargo, se presentó en casa de Cristina para pedir, en nombre de su amigo, un matrimonio por poder en el que con mucho gusto sería su representante.

La mamá de la tía Cristina se negaba a creerle que sólo una vez hubiera visto al español, y en cuanto Suárez desapareció con la respuesta de que iban a pensarlo, la acusó de mil pirujerías. Pero era tal el gesto de asombro de su hija, que terminó pidiéndole perdón a ella y permiso al cielo en que estaba su marido para cometer la barbaridad de casarla con un extraño.

Cuando salió de la angustia propia de las sorpresas, la tía Cristina miró su anillo y empezó a llorar por sus hermanas, por su madre, por sus amigas, por su barrio, por la catedral, por el zócalo, por los volcanes, por el cielo, por el mole, por las chalupas, por el himno nacional, por la carretera a México, por Cholula, por Coetzálan, por los aromados huesos de su papá, por las cazuelas, por los chocolates rasposos, por la música, por el olor de las tortillas, por el río San Francisco, por el rancho de su amiga Elena y los potreros de su tío Abelardo, por la luna de octubre y la de marzo, por el sol de febrero, por su arrogante soltería, por Emilio Suárez que en toda la vida de mirarla nunca oyó su voz ni se fijó en cómo carambas caminaba.

Al día siguiente salió a la calle con la noticia y su anillo brillándole. Seis meses después se casó con el señor Arqueros frente a un cura, un notario y los ojos de Suárez. Hubo misa, banquete, baile y despedidas. Todo con el mismo entusiasmo que si el novio estuviera de este lado del mar. Dicen que no se vio novia más radiante en mucho tiempo.





Para leer de boleto en el Metro

Dos días después Cristina salió de Veracruz hacia el puerto donde el señor Arqueros con toda su caballerosidad la recogería para llevarla a vivir entre sus tías de Valladolid.

De ahí mandó su primera carta diciendo cuánto extrañaba y cuán feliz era. Dedicaba poco espacio a describir el paisaje apretujado de casitas y sembradíos, pero le mandaba a su mamá la receta de una carne con vino tinto que era el platillo de la región, y a sus hermanas dos poemas de un señor García Lorca que la habían vuelto al revés. Su marido resultó un hombre cuidadoso y trabajador, que vivía riéndose con el modo de hablar español y las historias de aparecidos de su mujer, con su ruborizarse cada vez que oía un “coño” y su terror porque ahí todo el mundo se cagaba en Dios por cualquier motivo y juraba por la hostia sin ningún miramiento.

Un año de cartas fue y vino antes de aquella en que la tía Cristina refirió a sus papás la muerte inesperada del señor Arqueros. Era una carta breve que parecía no tener sentimientos. “Así de mal estará la pobre”, dijo su hermana, la segunda, que sabía de sus veleidades sentimentales y sus desaforadas pasiones. Todas quedaron con la pena de su pena y esperando que en cuanto se recuperara de la conmoción les escribiera con un poco más de claridad sobre su futuro. De eso hablaban un domingo después de la comida cuando la vieron aparecer en la sala.

Llevaba regalos para todos y los sobrinos no la soltaron hasta que terminó de repartirlos. Las piernas le habían engordado y las tenía subidas en unos tacones altísimos, negros como las medias, la falda, la blusa, el saco, el sombrero y el velo que no tuvo tiempo de quitarse de la cara. Cuando acabó la repartición se lo arrancó junto con el sombrero y sonrió.

—Pues ya regresé —dijo.





Ángeles Mastretta

Desde entonces fue la viuda de Arqueros. No cayeron sobre ella las penas de ser una solterona y espantó las otras con su piano desafinado y su voz ardiente. No había que rogarle para que fuera hasta el piano y se acompañara cualquier canción. Tenía en su repertorio toda clase de valsos, polkas, corridos, arias y pasos dobles. Les puso letra a unos preludios de Chopin y los cantaba evocando romances que nunca se le conocieron. Al terminar su concierto dejaba que todos le aplaudieran y, tras levantarse del banquito para hacer una profunda caravana, extendía los brazos, mostraba su anillo y luego, señalándose a sí misma con sus manos envejecidas y hermosas, decía contundente: “Y enterrada en Puebla”.

Cuentan las malas lenguas que el señor Arqueros no existió nunca. Que Emilio Suárez dijo la única mentira de su vida, convencido por quién sabe cuál arte de la tía Cristina. Y que el dinero que llamaba su herencia lo había sacado de un contrabando cargado en las maletas del ajuar nupcial.

Quién sabe. Lo cierto es que Emilio Suárez y Cristina Martínez fueron amigos hasta el último de sus días. Cosa que nadie les perdonó jamás, porque la amistad entre hombres y mujeres es un bien imperdonable.

Fragmento del libro *Mujeres de ojos grandes*, Ed. Cal y Arena.







Ángeles Mastretta

Escritora y periodista mexicana nacida en Puebla. Realizó colaboraciones para distintos periódicos y revistas como *Excélsior*, *Unomásuno*, *La Jornada*, *Proceso* y *Ovaciones*, donde inició formalmente su carrera periodística con su columna “Del absurdo cotidiano”.

En 1974 participó en un taller literario con Juan Rulfo y Salvador Elizondo; poco después publicó su libro de poesía *La pájara pinta*. Fue directora del Museo Universitario del Chopo; con Germán Dehesa colaboró en *La almohada*, programa televisivo de entrevistas y charlas. Perteneció al consejo editorial de la revista *Nexos*, y tuvo ahí una columna literaria.

Su primera novela, *Arráncame la vida*, recibió el premio Mazatlán de Literatura como mejor libro del año en 1985. Con la segunda, *Mal de amores*, obtuvo el Premio Rómulo Gallegos en 1997. Otras obras suyas son: *Mujeres de ojos grandes*, *Puerto libre*, *El mundo iluminado*, *Ninguna eternidad como la mía* y *El cielo de los leones*.







Theлма Nava

POEMAS

Theлма Nava

TLATELOLCO 68

I

Es preciso decirlo todo
porque la lluvia pertinaz y el tiempo de los niños
sobre los verdes prados nuevamente
podrían lograr que alguien olvide.
Nosotros no
los padres de los otros tampoco y los hijos y
hermanos
que puedan contarnos las historias
y reconstruyan los nombres y vidas de sus muertos
tampoco.

II

Tlatelolco es una pequeña ciudad aterrada
que busca el nombre de sus muertos.
Los sobrevivientes no terminan de iniciar el éxodo.
Pequeña ciudad fantasma, húmeda y triste
a punto de derrumbarse si alguien se atreviera
a tocarla nuevamente.





Para leer de boleto en el Metro

Nada perdonaremos.

Rechazamos todo intento de justificación.

III

Miro pasar las ambulancias una tras otra
mientras aquí en mi auto
un anciano que sangra y no comprende nada
está en mis manos.

IV

Que no se olvide nada
aunque pinten de nuevo los muros
y laven una y otra vez
todas las piedras
y sean arrasados los prados
incendiados con pólvora
para borrar definitivamente
cualquier huella.

V

Ellos ignoran que los muertos crecen
que han echado raíces sobre las ruinas
aunque los hayan desaparecido
para que nadie verifique cifras.

VI

Todo ha sido invadido por la sangre.
Aún vuelan partículas por el aire que recuerda.
Es de esperarse nuevamente su visita.

Los asesinos siempre regresan al lugar del crimen.





Thelma Nava

TELEGRAMA

Un beso urgente
para sobrevivir
en el silencio
al que nos obligan.

LOS LOCOS

Los he visto de cerca, solemnes y magníficos,
poniéndose su cuerpo cada día
mientras les duele el cráneo desvestido.
Los he visto en la tierra, azotándose,
gusanitos de Dios sin esperanza.
Colgados de la vida,
con su domingo a cuestas que tarda en regresar
una semana.
Cerca del testimonio de mis ojos
los he visto extinguirse
o surgir de repente de los árboles — grupos de
lámparas mirando cómo los desentierran —
apretando en las manos su mendrugo.



Para leer de boleto en el Metro

UNAS BREVES, NOSTÁLGICAS PALABRAS AL PIE DE UNA FOTOGRAFÍA

para Efraín Huerta

Con su sonrisa que todo lo desarma
hubiera sido sin lugar a dudas
una de tus mujeres predilectas.
El más joven amor
con sus rubios cabellos y su asombro.

Trataría de indagar tus secretos
abriría tus ocultas cajitas de madera
como descubre ahora tus amados cocodrilos.

No llegaste a conocer sus besos.
Empezabas a amarla lejana todavía
cuando no sabía cómo responder a tu lenguaje
a todas las historias que le contabas.

Pero a pesar de todo
puedo verla sentada en tus rodillas
cubriéndola amorosa tu mirada
a ella, la rodeada de ternura
la pequeña
Varenka.



Thelma Nava

MUJER INCONVENIENTE

Definitivamente no, señora mía,
usted no es la mujer que conviene a su marido.

Carece de imaginación
utiliza el gastado lenguaje de las mujeres de
nuestros abuelos.

Alterna las visitas a los supermercados con las
telenovelas

y espera con la crema puesta la cuota semanal
del amor.

Y, sobre todo,
usted no sería capaz de compartir a su marido como
lo hago yo
tranquila y resignadamente con usted.

TUS OJOS

Déjalos caer
resbálalos
por la pendiente del alma
para que sólo de lo necesario
se den cuenta.



Para leer de boleto en el Metro

TÚ

Tú
mi barco de sal
mi amor para siempre
mi palabra acosada
por todo cuanto he tenido
por lo que me ha sido negado.
Mi cuerpo insatisfecho
mis manos vacías
la búsqueda incesante de ti
poesía.

LAS SEÑALES

¿Acaso era necesario decir que las señales del amor
eran tan evidentes como el sello que llevaba en la frente
el acusado,
como la ola invisible lamiendo el ala de nuestro corazón?
¿Acaso necesitábamos preguntarnos qué era lo que nos
acercaba y nos hacía rechazarnos,
serpientes agonizando en nuestro propio laberinto?

Todo nacía de madrugada, con la avidez del que espera
uno y otro día
en silencio la partida, la ruptura del círculo,
el imposible beso de la figura de barro que nos llama.





Thelma Nava

Todo nació en verano, donde la realidad y el sueño
se confunden
cogidos de la mano del absurdo, de lo que no es jamás
regreso,
de la siempre partida hacia otra parte.

Día que aguardas el silencio de la luz construyéndote
y llegas atónito ante las puertas que te fueron negadas.

PARA HABLAR DE LO QUE JAMÁS EXISTIÓ

No es que inesperadamente aparecieran allí
como palomas muertas tus palabras.
No fue tampoco el rumor de los trenes que jamás
abordamos
en la estación secreta.

Era como la increíble sonrisa de un profeta loco
en el comienzo de la primavera
o una flor de cristal en el invierno.

Nunca los labios aprehendieron tu contorno
y se cansó la barca de esperarnos
para cruzar la llanura marina.

No conocí el sonido de mi piel bajo tu piel. Todo se
derrumbó, desapareció sin dejar huella
como el nombre de un país, de un territorio
que súbitamente ya no figura en el mapa.



Para leer de boleto en el Metro

IRREALIDAD

Nada es real
el amor está detrás de cualquier puerta
(¿pero cuál?)
desconocido al que estuve a punto de hallar tantas veces
sin conseguirlo.
La mitad de mi vida lo he intentado.

Nada es real
mundo que se construye como una garra del sueño higo
inmaduro
soledad sola dicha
dicha repetida
(¿de qué color tienes los ojos esta mañana?)

Nada es real
el amor está detrás de cualquier puerta
(¿pero cuál?)
Extiendo los brazos y te apreso
después desapareces.
Me has enseñado a sonreír
lejano
como si anduvieras en otro país, en otros sitios
donde no estoy.

Nada es real
la sombra de nuestros deseos nos hace vivir, arder.

El amor es sucesión de despedidas
trenes





Thelma Nava

aeropuertos.
Te pierdo y te encuentro en todas las ciudades
en las plazas
siempre caminando a la orilla del mar.

Te pierdo en las palabras que no has dicho
amor nunca mío arrebatado
prestado
(¿hasta cuándo?)

Nada es real
diciembre se lleva
(¿o me trae?)
tu imagen.

Sabes a nuevo
a cubierta de barco
a sales marinas
no recuerdo tu voz
(¿cómo es tu voz?)
y tú dices mi nombre
(¿quién me nombra?)

Nada es real
el amor está detrás de cualquier puerta
(¿pero cuál?)

Poemas tomados del libro *Los pasos circulares, Antología Personal*,
Editorial Monte Gargano.







Thelma Nava

Nació en la Ciudad de México. Fue cofundadora de la revista *El Rehilete*, y de la revista y editorial *Pájaro Cascabel*. En 1962 obtuvo el premio Ramón López Velarde. En esa década su poesía se convirtió en un referente en el país.

Su obra ha sido traducida principalmente al inglés, francés, búlgaro y portugués. Ha participado en más de treinta antologías nacionales e internacionales. Algunas de sus publicaciones son: *Colibrí 50*, *El primer animal*, *El libro de los territorios*, *El verano y las islas* y *Paisajes interiores*. En 2006 publicó *Para volver al mar*.

Ha sido jurado en México y en otros países para varios certámenes, entre los que destacan: el Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines (Chiapas), el Premio Ramón López Velarde (Zacatecas), el Premio Nacional Efraín Huerta (Tamaulipas), el Premio Internacional de Poesía Rubén Darío (Nicaragua) y el Premio Internacional Casa de las Américas (Cuba).







José Emilio Pacheco

POEMAS

José Emilio Pacheco

ENIGMA

COMO el pasado ya pasó
no sabes
qué es
en realidad
lo que ha pasado

HOY MISMO

MIRA las cosas que se van
Recuérdalas
porque no volverás
a verlas nunca

EL CAPITÁN

El viejo capitán sale a cubierta
y dice adiós.
Es la última tormenta.
Se hundirá con su barco.





Para leer de boleto en el Metro

HOJAS

¿Qué significan esas hojas muertas,
bronce fundido en la lluvia que arrastra el año
por el río del otoño?

No significan: son.
Les basta ser y acabarse.

MINORÍAS

En mi pueblo de raza verde
salí entre gris y morado.
Llamé la atención por raro
y nunca me aceptaron en parte alguna.

Ante el agobio de la desventaja
queda la alternativa de ser bufón o
ermitaño.

Pero, indolente,
como soy o como me hicieron,
preferí volverme invisible.



José Emilio Pacheco

CANCIÓN

Aún te sigo abrazando en esa canción
Que a veces de repente vuelve a
escucharse:
La más cursi, la más vulgar,
La más bella canción del mundo.

A LA QUE MURIÓ EN EL MAR

EL TIEMPO que destruye todas las cosas ya nada puede
contra tu hermosura muchacha

Ya tienes para siempre veintidós años. Ya eres peces
corales
musgo marino
las olas que iluminan la tierra entera

VIDAS DE LOS POETAS

En la poesía no hay final feliz.
Los poetas acaban
viviendo su locura.
Y son descuartizados como reses
(sucedió con Darío).



Para leer de boleto en el Metro

O bien los apedrean y terminan
arrojándose al mar o con cristales
de cianuro en la boca.
O muertos de alcoholismo,
 drogadicción, miseria.
O lo que es peor: poetas oficiales,
amargos pobladores de un sarcófago
llamado Obras completas.

ILUSIÓN

Cuando esperaba el día se hizo de noche.
Y nunca aprendí
a caminar en tinieblas.

PORVENIR

Date prisa.
El silencio va a terminar.
Nadie te escuchará en la baraúnda
de los que escapan hacia el porvenir
Y encuentran el pasado reiterativo
Y el nunca
en batalla campal contra el después,
asombrado.



José Emilio Pacheco

NUEVO DÍA

Hoy ya se fue.
Se hizo mañana de pronto.
Y no sé qué decirle
al día sin precedente que me interroga
y no me reconoce.

EPITAFIO

La vida se me fue en abrir los ojos.
Morí antes de darme cuenta.

MANUEL BANDEIRA CAMINA POR LA COLONIA HIPÓDROMO

(Agosto 30 de 1985)

He observado en la calle a un bicho extraño. Entre las
bolsas de la esquina
buscaba su alimento en la basura.

Cuando encontraba algo,
sin olerlo ni examinarlo,
se lo tragaba vorazmente.

No era un perro ni un gato ni una rata.

Era, Dios mío, un ser humano.



Para leer de boleto en el Metro

LA FLECHA

No importa que la flecha no alcance el
blanco

Mejor así

No capturar ninguna presa

No hacerle daño a nadie

pues lo importante

es el vuelo la trayectoria el
impulso

el tramo de aire recorrido en su
ascenso

la oscuridad que desaloja al clavarse vibrante
en la extensión de la nada

PAPEL DE TRAJOS VIEJOS

Devoro un poco más de realidad.

Y aquí estamos:

llega noviembre y el pasado inmenso

hace ver el futuro que me falta

como una prenda de vestir encogida

por el gran ajetreo en la lavadora.

Un millón de partículas o instantes

pasaron como flechas por sus tejidos.

Desgaste.

Desgaste esos minutos o años o sobresaltos.



José Emilio Pacheco

Aluvión de agua hirviendo
y shock del agua helada.

Se luyó
la ropa que iba a ponerme mañana.
Ya no sirve mi traje recién lavado
que muestra las arrugas de su provisional
habitante,
el aire más bien triste aunque meritorio
de quien se acaba por servir y cae en cuenta
de que no sirve ya su servidumbre,
su utilidad para encarnar el tiempo
que habrá de descarnarlo.

PERRA VIDA

Despreciamos al perro por dejarse
domesticar y ser obediente.
Llenamos de rencor el sustantivo perro
para insultarnos.
Y una muerte indigna
es morir como un perro.

Sin embargo los perros miran y escuchan
lo que no vemos ni escuchamos.
A falta de lenguaje
(o eso creemos)
poseen un don que ciertamente nos falta.
Y sin duda piensan y saben.



Para leer de boleto en el Metro

Así pues,
resulta muy probable que nos desprecien
por nuestra necesidad de buscar amos,
por nuestro voto de obediencia al más fuerte.

EL CUCHILLO

Dejo a un lado el periódico
o apago el sombrero
televisor.

Pero el cuchillo sigue aquí.
Está sangrando,
por sanguinario,
el cuchillo de las matanzas.

Tinto en sangre
el día que ya se acaba
de este siglo.

Hasta cuándo
saldremos en qué forma
del matadero
que cubre todo: página o pantalla,
escenario o abismo,
plaza o calle.

Campo, campo de sangre
el mundo entero.





José Emilio Pacheco

Todos agonizamos en este filo sangrante.

Somos
víctimas del verdugo,
verdugos de la víctima que somos
en este circo sin piedad.

Aquí vemos
matar al que nos mata,
al que matamos.

El mundo
toma la forma del cuchillo.
Morimos
con el siglo que se desangra.

Poemas tomados de la antología *Tarde temprano*, FCE.





José Emilio Pacheco

Nació en la Ciudad de México. Su obra fue reconocida muy pronto: desde la década de los cincuenta ya figuraba en antologías al lado de los grandes poetas de Latinoamérica.

Estudió en La Universidad Nacional Autónoma de México. Además de haber publicado poesía y prosa, y de ejercer una magistral labor como traductor, ha trabajado como director y editor de colecciones bibliográficas y diversas publicaciones y suplementos culturales. Dirigió, con Carlos Monsiváis, el suplemento de la revista *Estaciones*. Ha sido docente en diversas universidades del mundo, e investigador del INAH. Entre su obra poética destaca: *Los elementos de la noche* (1963); *El reposo del fuego* (1966); *No me preguntes cómo pasa el tiempo* (1969); *Irás y no volverás* (1973) entre otros. Algunos de sus textos en prosa son: *El viento distante y otros relatos* (1963), *Morirás lejos* (1967), *El principio del placer* (1972) y *Batallas en el desierto* (1981). Ha recibido varios premios, entre ellos: Premio Nacional de Lingüística y Literatura 1992 y el José Asunción Silva al mejor libro de poemas en español publicado entre 1990 y 1995.







Elena Poniatowska

LA NOCHE DE TLATELOLCO

Elena Poniatowska

Prólogo

1968 marcó a los estudiantes de México y a sus padres y a la sociedad más cercana a la juventud. Un mes antes de la masacre del 2 de octubre, Guillermo Haro sonreía mientras atravesaba el estacionamiento frente a la Facultad de Ciencias, en el bellissimo campus de Ciudad Universitaria, al oír la voz de un muchacho gritar a través de un amplificador: “UNAM, territorio libre de América”. La UNAM era no sólo el corazón de nuestra ciudad, también resultó ser su barómetro; allí, en sus edificios hervían los ideales (o como diría Octavio Paz, los sesos). Para un país pobre como el nuestro, ingresar a alguna de las facultades de la UNAM era y es la posibilidad de un futuro, una garantía de vida. El Poli, en el norte de la ciudad, también vivió el movimiento y la muerte. En la UNAM, en 1968, había 95,588 estudiantes.

A partir del 22 de julio de 1968, el movimiento se levantó hasta convertirse en una ola alta y poderosa que los mexicanos miraban expectantes. Cada manifestación se hacía más numerosa: los padres de familia, los amigos, los vecinos acompañaban a los muchachos, el Paseo de la





————— **Para leer de boleto en el Metro**
Reforma se cubría de simpatizantes felices y emocionados que se preguntaban “¿hasta dónde vamos a llegar?”. “¡Únete pueblo!”: los que permanecían de pie en la acera se unían a algún contingente y se echaban a andar. Una viejita que aplaudía exclamó: “Quiero dejarle un México mejor a mis nietos”. ¡Qué fiesta capaz de contagiar al más timorato! El ceño de los políticos se fruncía, sus puestos peligraban, jamás pudieron prever algo semejante. “¡Únete pueblo agachón!” “¡Sal al balcón, hocicón!” “¡Viva México!” “¡Viva la Universidad!” “¡Goya... Goya... Cachún, cachún ra ra!” “¡Viva el Movimiento Estudiantil!” Ya no había agachados. El 2 de octubre la ola reventó, revolcó a muchos y la resaca se llevó a demasiados jóvenes.

Una de las imágenes que resultó definitiva y se imprimió en la mente de los estudiantes fue el bazukazo en San Ildefonso, en la puerta del siglo XVIII que resguardaba la Preparatoria. Los muchachos lo vivieron como una violación. Al día siguiente, el 30 de julio, el rector Barros Sierra izó la bandera mexicana a media asta en Ciudad Universitaria. Florencio López Osuna (que habría de sufrir todas las humillaciones y cuyas fotografías parten el corazón) inquirió indignado: “¿Por qué tenían que hacerle eso a la puerta?”. Parecía referirse a su cuerpo.

Guillermo Haro nunca decía groserías. “¡Hijos de la chingada!”, lo oí exclamar por segunda vez el día en que el ejército entró a Ciudad Universitaria; la primera había sido el 18 de septiembre en la mañana, cuando abrió el *Excelsior* que describía cómo el ejército había tomado Ciudad Universitaria.

El 2 de octubre de 1968, en la noche, recogí el primer testimonio. Las maestras María Alicia Martínez Medrano y Mercedes Olivera regresaron del mitin en Tlatelolco con un





Elena Poniatowska

shock nervioso. Aún no se enteraban que habían dejado atrás a la antropóloga Margarita Nolasco quien pasó toda la noche aterrada buscando a su hijo. Gritaba piso por piso, corredor tras corredor, puerta por puerta del edificio Nuevo León: “¡Carloooooo...! ¡Carloooooo...! ¡Carloooooo...! ¡Carlitoos!”

El 3 de octubre, a las siete de la mañana, después de amamantar a Felipe, nacido cuatro meses antes, fui a la Plaza de las Tres Culturas, cubierta por una especie de neblina. ¿O eran cenizas? Dos tanques de guerra hacían guardia frente al edificio Nuevo León. Ni luz, ni agua, sólo vidrios rotos. Vi los zapatos tirados en las zanjas entre los restos prehispánicos, las puertas de los elevadores perforadas por ráfagas de ametralladora, las ventanas estrelladas, todos los comercios cerrados, los aparadores de la tintorería, de la cafetería, de la miscelánea hechos añicos, la papelería destruida, las hojas rotas, las huellas de sangre en la escalera y la sangre sin lavar, la sangre encharcada y negra en la plaza. Los habitantes desvelados, perdidos, hacían cola frente a una llave del agua. Un soldado esperaba a que otro liberara la caseta del teléfono. Lo oí decir: “Pónme al niño, no seas mala, quiero oír al niño, quién sabe cuántos días nos tengan aquí”. Nadie barría los escombros, nadie se movía, la desgracia era finalmente una foto fija. Entre las piedras descubrí una corcholata: “Amo el amor”.

En el jardín de Santiago Tlatelolco todas las flores pisoteadas daban lástima.

Desde ese momento empecé a recoger testimonios. Primero el de María Alicia, el de Margarita Nolasco que recuperó a su hijo, el de Mercedes Olivera. Las tres buscaron a otros testigos, y luego conseguí el de muchos más que venían a





Para leer de boleto en el Metro
la casa traídos por María Fernanda Campa, la Chata, mujer de Raúl Álvarez Garín.

En la noche solía llamarme Celia, la madre del Búho: “En el periódico salió una foto tomada en la cárcel y estoy segura que uno de ellos era mi hijo, mi hijo golpeado bajando una escalera de la crujía H de Lecumberri. No traía anteojos y para él son de vida o muerte. ¿Cómo podemos hacerle?”.

Diez días después de la masacre, el 12 de octubre, fecha de la inauguración de las Olimpiadas, el editorialista José Alvarado publicó en *Siempre!*:

Había belleza y luz en las almas de los muchachos muertos. Querían hacer de México morada de justicia y verdad: la libertad, el pan y el alfabeto para los oprimidos y olvidados. Un país libre de la miseria y del engaño.

Y ahora son fisiologías interrumpidas dentro de pieles ultrajadas.

Algún día habrá una lámpara votiva en memoria de todos ellos.

Abrazar a Felipe, mi niño casi recién nacido, contrarrestaba con el horror de la muerte y las desapariciones, los relatos de cárcel, la angustia de los padres de familia. A cada regreso me precipitaba sobre él para sacarlo de su cuna y apretarlo, mecerlo, troquelarlo como una medalla sobre mi pecho: “¿Qué traes con ese niño?”, decía Guillermo, pero él también lo sacaba de la cuna y lo miraba de cerca.

Guillermo Haro había hecho amistad con el doctor Eli de Gortari a través de la colección de libros *Problemas Científicos y Filosóficos* que ambos dirigían. Eli de Gortari cayó preso al lado de otros maestros que apoyaban a los estudiantes. Guillermo ya conocía Lecumberri porque en 1959, como miembro de El





Elena Poniatowska

Colegio Nacional, recogió en la crujía H el retrato de Alfonso Reyes pintado por Siqueiros, encarcelado por orden de López Mateos. También conocía yo Lecumberri desde 1959. El único problema era dejar a salvo a Felipe, porque a los bebés, las “monas” o celadoras los maltratan al desvestirlos para ver si no llevan droga en su pañal. Decidimos encargarlo unas dos, tres o cuatro horas al cuidado de Yolanda Haro, esposa de Ignacio, hermano menor de Guillermo.

De joven, Guillermo había repartido la revista *Combate*, que dirigía Narciso Bassols con José Revueltas, su gran amigo, aunque ya se veían poco. Al ir a ver a Eli de Gortari, pasamos a visitarlo al Polígono. Guillermo viajó al observatorio de Biurakan en Armenia, y seguí yendo sola a Lecumberri con cierta regularidad. Siempre me apuntaba en la lista de Gilberto Guevara Niebla porque su familia en Sinaloa no podía visitarlo. Cada preso tenía derecho a cinco “visitas” y la boleta del líder tenía libres el 3, el 4, el 5. Cuando Gilberto hizo huelga de hambre, a partir del 10 de diciembre de 1970, su piel se volvió verde como las cáscaras de limón que iban acumulándose encima de la mampostería de dos literas en una celda vacía. Lo sentí especialmente afectado. “¡Libertad presos políticos! ¡Libertad presos políticos!”

El domingo 1o de enero de 1970, los presos del orden común, como una horda salvaje, entraron con sus tubos, sus varillas, sus palos de escoba a la crujía H, a golpear y a saquear a los presos políticos. Ya había salido de la cárcel “la visita”, pero algunos familiares alcanzaron a oír los gritos. “¡Ahora sí que se los va a llevar la chingada a estos intelectuales!” Robaron sus máquinas de escribir, sus libros, sus archivos, sus colchonetas, sus almohadas, su jabón y su cepillo de





————— **Para leer de boleto en el Metro**
dientes, sábanas y cobijas, se llevaron sus sartenes y parrillas, rompieron radios, relojes, sillas y mesas difíciles de conseguir (porque en la cárcel todo es imposible y todo gira en torno al dinero), y los agredieron físicamente durante más de cuarenta minutos con la anuencia de los carceleros. El pobre patrimonio de cada preso fue reducido a la nada en un cuarto de hora. En la crujía C, donde estaba la mayoría de los 115 presos políticos, en la M, en la N, la destrucción fue total. “¡A acabar con los libros de los intelectuales de la M!” Quemaron los escasos volúmenes de José Revueltas, Eli de Gortari, Heberto Castillo, Armando Castillejos. Según testigos, el subdirector del penal, Bernardo Palacios Reyes, abrió la crujía de los drogadictos, la F, los azuzó para que fueran a asaltar a los “políticos”. Recuerdo la indignación de don Antonio Karam, quien habría de publicar un reportaje de denuncia en su revista *Garrapata*.

Al principio, Raúl Álvarez Garín llamaba a sus compañeros: “Vengan a hablar con Elena”, y nos acomodábamos en su celda. Unos permanecían de pie, me ofrecían la litera: “Siéntate, siéntate tú”. Pablo Gómez preparaba el desayuno e invitaba a todos a probar sus “pinchemil huevos”. A las cuatro de la tarde, la salida era muchísimo más fácil que la entrada a Lecumberri. Tres o cuatro veces fui con Montserrat Gispert, que todos llamábamos Betty, por Betty Boop. Nunca le vi a mi compañera ningún parecido con Betty Boop, pero la quise porque su sonrisa daba valor. Y su acento español. Las españolas son bien valientes. Nos formábamos en una larga fila frente a la gran puerta de hierro, “Tienes que cambiarte de nombre”, pidió. Ella lo escogía y me lo hacía repetir, pero a media fila inquiría nerviosa en voz alta: “Oye, Betty, ¿cómo dijiste que me llamaba?”.





Elena Poniatowska

Al regresar a la casa, reconstruía yo lo que me habían dicho los estudiantes, al lado de Felipe dormido. Le decía: “Dentro de veinte años a ti te irá mejor, a ti nunca te va a pasar eso”.

A través de los abogados Carmen Merino y Carlos Fernández del Real, los presos me hacían llegar mensajes, inquietudes, la petición de un libro. A través de los abogados también, le envié a Luis González de Alba la fotografía de Pedro Meyer para la portada de su novela *Los días y los años*. El muchacho parado encima del toldo del automóvil arengando a la gente se parecía a él.

¿Por qué tenían que hacerle eso a los estudiantes? ¿Por qué vejarlos? ¿Por qué desnudarlos? ¿Por qué encarcelarlos? ¿Por qué deshacerles la vida? ¿Por qué ponerle al joven agrónomo Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca una pistola en la sien? ¿A título de qué o de quién lo torturaron? ¿Quiénes se han repuesto de sus años de cárcel?

Alguna vez Álvaro Mutis me dijo que nadie ni nada podía devolverle sus horas de vida en la cárcel. Me contó que ahí adentro conoció el México verdadero. Los presos anhelan el mundo exterior, buscan noticias de él: “¿No ve usted que los presos tenemos una generosa cuota de tiempo disponible y con ella una urgencia terrible de verificar la existencia de ese mundo exterior de ‘esa gente de afuera’...?” Cabeza de Vaca nunca vio su encarcelamiento como una desgracia, siempre estuvo dispuesto a sacar lo mejor de sus días. Heberto Castillo leía de día y de noche. Qué asombroso que él, entre los muchachos del 68 y los luchadores maduros como Armando Castillejos, se mantuviera optimista y sonriera al abrir la puerta de su celda: “Pásale por favor, qué gusto que hayas venido”. El que más me conmovió fue Manuel Marcué Pardiñas, director





Para leer de boleto en el Metro de *Problemas Agrícolas e Industriales* y de la revista *Política*, porque se sobreponía a sus ataques de epilepsia. Nunca se quejó; mientras que otros caían en el “carcelazo”, él le daba vueltas a paso redoblado al Polígono, hasta que el cansancio lo llevara a tirarse en su litera. Álvaro Mutis alguna vez me escribió en una de sus cartas: “El carcelazo es un terrible estado de ánimo. Es cuando se le cae a uno encima la cárcel con todos sus muros, rejas, presos y miserias. Es como cuando se hunde uno en el agua y busca desesperado salir a la superficie para respirar, todos los sentidos, todas las fuerzas se concentran en eso tan ilusorio y que se hace cada día más imposible y extraño... ¡salir!”.

Visitar a los estudiantes en la cárcel preventiva fue una lección. También fue una inversión de vida y de tiempo. La Chata María Fernanda Campa recuerda: “Pasé mi juventud en ir y venir de la cárcel de Lecumberri a la de Santa Marta Acatitla. En Lecumberri veía a Raúl (Álvarez Garín), en Santa Marta Acatitla a mi papá (Valentín Campa)”.

Manuela Garín de Álvarez, madre de Raúl, jamás imaginó que su hijo pudiera caer preso. Sabía que Raúl pertenecía al Consejo Nacional de Huelga, porque así era él, aguerrido y defensor de las causas justas. Su espíritu de pelea se manifestó desde que era niño. Tania, su hermana, era más dócil, obedecía, pero Raúl quería una explicación para cada una de las órdenes que le daban sus padres. Manuela, matemática, intentaba domar su rebeldía. Sin embargo, de ahí a convertirse en un preso había un largo trecho que Raúl cruzó en unos segundos.

El 2 de octubre a Manuela la llamó su marido, también de nombre Raúl: “No salgas porque esto está horrible. El ejército tomó la plaza”. Esa misma noche, su hijo Raúl desapareció y





Elena Poniatowska

a partir de ese momento Manuela fue con Raúl padre a ver al procurador, que no los recibió. Entonces, el matrimonio Álvarez Garín sacó desplegados durante más de un mes en *El Día*. “Han pasado cinco días y no sabemos nada de nuestro hijo Raúl Álvarez Garín.” Manuela recogía todos los murmullos: que a los muchachos los han visto en Santa Marta Acatitla; que están en el Campo Militar número 1; que se los han llevado fuera de la ciudad; que a X lo mataron; que Z pudo huir; que los padres de Y se encerraron en su terror y no le abren a nadie.

Cuando Manuela por fin logró verlo en su celda en Lecumberri, no hubo lágrimas ni lamentaciones. Raúl, muy serio, la saludó con una frase que cuarenta años después no olvida: “Mamá, hay muchos muchachos que no tienen quien los defienda, hay que buscarles un abogado...” También le advirtió: “Mamá, por favor, no vayas a traer nada que esté prohibido, para no tener que pedirles nunca nada a estos carceleros”. Su insistencia rayaba en la angustia: “Nunca les vayas a pedir nada a ellos ni a los del gobierno”. Raúl Álvarez aprendió de Manuela que “si uno está haciendo lo que le dicta su conciencia, ¿por qué tienes que agachar la cabeza delante de un tipo que se porta de una manera injusta y canalla?”.

Tráeme una cazuela grande para cocinar para varios fue lo único que Raúl sí pidió, y Manuela tuvo que sacar el permiso en la dirección del penal y le dijo al militar que lo autorizó: “A usted le consta que la cárcel de estos muchachos es una injusticia”.

En el 68 los muchachos creían en sus líderes, se identificaban con ellos. Todos eran compañeros, camaradas, pero Raúl era su líder. “Hay que saber ser líder, usar ese poder como herramienta, no como arma”, dice Manuelita.





Para leer de boleto en el Metro

La lucha de los jóvenes no fue improvisada, no nació de un día para otro, explica la Chata Campa: “Cuando llegó el 68, veníamos de un movimiento estudiantil triunfante, cada vez mejor organizado, cada vez más fuerte. Se logró una capacidad de lucha que, hoy en día, la gente mayor, digamos los viejos o los no tan jóvenes, califican de excepcional”.

Ahora, muchos dicen que anduvieron en el 68 y lo repiten como si ésa fuera su tarjeta de identidad. Muchos también aclaran: “A mí me pasó algo mucho peor de lo que usted cuenta en su libro. ¿Por qué no me entrevistó?”.

Entrevistar a los jóvenes que estaban en libertad resultó difícil. “Yo le cuento pero no vaya a poner mi nombre.” Nadie quería hablar. Tenían miedo de regresar al Campo Militar número 1, miedo a la persecución, miedo al ejército y a la policía, miedo a volver a vivir la noche de Tlatelolco.

El 2 de octubre —continúa la Chata— no fue un día, una noche, unas horas. El 2 de octubre se extendió más allá de lo imaginable. Los presos políticos lo saben muy bien; su sed de justicia los llevó a permanecer varios años en la cárcel, después en el exilio, algunos prefirieron morir como Leobardo, el Cuec, quien se suicidó al salir de Lecumberri.

Sin duda alguna, fue una lucha con un costo altísimo. Quienes murieron esa noche jamás regresarán y tenemos una deuda muy grande con ellos, porque los de esa generación tienen su palomita. Se iniciaron en la discusión política nacional con una inmensa desventaja y a la larga resultaron vencedores. El 2 de octubre y las marchas, hace cuarenta y cuatro años, sirven para darles calor a todas las luchas actuales, las que nadie pela.

María Fernanda Campa es la primera doctora en geología de la UNAM. No lo presume. Su trayectoria





Elena Poniatowska

envidiable está a la luz de todos. Tampoco presume su capacidad de lucha, su formación política, su denuncia de la corrupción de Pemex, año tras año, el horror que le produce la forma en que se ha explotado nuestro patrimonio. Ningún dirigente de Pemex se salva; nuestro petróleo ha sido el botín de políticos que han traicionado a México. La Chata, ingeniera, sabe más que muchos teóricos pero jamás habla en forma altanera o despectiva. Manuela Álvarez Garín está orgullosa de haber sido su suegra, aunque la palabra suegra difícilmente puede aplicársele a ella porque es más cálida que un rayo de sol a medio día. Manuela considera a la Chata una hija esclarecida y patriota, por más que la palabra “patriota” pueda haberse desgastado, pero en estas dos mujeres decir “patriota” es tomar a México en brazos y acunarlo como a un hijo.

Personalmente no tenía (ni tengo) ninguna formación política. Si acaso, diez años antes del 68 visité en Lecumberri a los ferrocarrileros presos: el carpintero Alberto Lumbreras, Dionisio Encinas, Demetrio Vallejo, siempre en una celda de castigo, Miguel Aroche Parra, Filomeno Mata Alatorre, ya muy grande, y un primo de Esther Zuño de Echeverría, cuyo esposo sería presidente de la República. El grabador Alberto Beltrán me hizo conocer el México de las barriadas, los comedores populares en los que la atracción es la sopa de médula y el vals “Sobre las olas” del cilindrero de la esquina. Entrar al otro México fue un aprendizaje lento y profundo; descubrí otras formas vitales, “otro modo de ser humano y libre”, como diría Rosario Castellanos; acorté distancias y supe cuántas sorpresas se dan en la relación con seres humanos inesperados. Espero no haberles fallado, aunque sé que muchas veces me he fallado a mí misma.





Para leer de boleto en el Metro

Manuela Álvarez Garín es una mujer bella y fuerte que a sus noventa y ocho sonríe con facilidad. “¿Estás bien?” “¿Tienes para tu transporte?” (abre su bolsa). “¿Cómo te viniste?” La Madre Coraje de Brecht se queda corta. “Cuídate mucho.” Se da cuenta de que yo soy de las incautas que creen que todo el mundo es bueno, todos lo quieren a uno, todo es fácil y todo va a salir bien. Mientras que, en la cárcel, los presos políticos cargan el día, yo lo atravieso. ¿Ya se hizo de noche? Ni cuenta me di; Manuela, sí. Tampoco sabía yo del egoísmo y la indiferencia de las “autoridades”, el “Señor Misterio”, como llaman los presos más pobres al Ministerio Público, ni imaginaba el peligro o el miedo. Manuela sí, porque Manuela viene de regreso de todos los peligros al igual que la Chata, su nuera, cuyo padre, Valentín Campa, pasó más tiempo en la cárcel que en libertad, igual que José Revueltas.

Cuando Raúl salió exilado a Perú después de dos años y ocho meses de cárcel, el juez le dijo a Manuela:

—La felicito señora porque su hijo es una persona íntegra, correcta.

—Sí, porque su lucha es justa y no tenemos por qué agachar la cabeza.

“¿Qué será de nosotros los mexicanos que tenemos esa vieja costumbre de agacharnos? ¿Por qué ante una injusticia preferimos callarnos? He visto a tantos alejarse del lugar de un accidente que un día le pregunté a una señora y me respondió: ‘¿Qué no sabe que a usted pueden culparla?’ ¿Por qué pedirle uno perdón a una gente que te está tratando injustamente?”, inquiría Manuela encendida por la indignación.

A pesar del peligro, los estudiantes de 1968 decidieron alzar la voz. Monsiváis señala que en ese año comenzó la defensa de los derechos humanos en nuestro país.





Elena Poniatowska

“Durante años no nos permitieron movilizarnos al Zócalo. Era un ambiente de represión canija, incluso había más y más presos y luego pasamos a la guerra sucia con los desaparecidos y con las guerrillas de los muchachos desesperados. Fueron años difíciles en los que empezamos en condiciones muy desfavorables a luchar por la verdad y la justicia de lo que había sucedido el 2 de octubre”, recuerda la Chata.

La Chata también recuerda que el Palacio Negro de Lecumberri no se parecía en nada a Santa Marta Acatitla, copiada de las cárceles estadounidenses, en las que esperaron su libertad Valentín Campa y Demetrio Vallejo. En Lecumberri, cada crujía tenía un mayor, un preso con autoridad (Álvaro Mutis, por ejemplo, fue mayor) e, incluso en la cárcel, los jóvenes hicieron valer sus derechos. “Somos presos políticos, no delincuentes.” Durante dos años y ocho meses no dejaron de luchar por mejorar las condiciones de vida de los presos y por responder a sus necesidades.

Dos churreros cayeron en Lecumberri porque el 2 de octubre a las cinco de la tarde, al ver una multitud frente al edificio Nuevo León, pensaron que podrían vender todos sus churros. Una vez encerrados, como no sabían leer y escribir, firmaron con una equis cuanto papel les pusieron en frente. Los estudiantes preguntaban: “¿Y tú, por qué estás aquí?” Así sacaron en libertad a varios inocentes, Lecumberri resguarda sus consignas, los “carcelazos” que seguramente experimentaron, su espíritu libertario, su capacidad de combate que afloró hasta el último día de su injusta condena.

De la masacre del 2 de octubre queda un recuerdo amargo. ¡Qué poca cosa, qué inferior se habrá sentido el





————— **Para leer de boleto en el Metro**
presidente de México ante la voz de los estudiantes, para
acallarla con las armas! Los jóvenes no tenían más armas que
su juventud. (Revueltas siempre fue joven.) Sólo a balazos
aniquiló Díaz Ordaz las peticiones que no podía atender.
¡Cómo habrán herido las consignas del CNH al gobierno, que
les respondió con ráfagas de plomo!

Castigaron a los muchachos, pero ¿quién castigó a
Díaz Ordaz? Raúl Álvarez Garín y su inseparable Félix Lucio
Hernández Gamundi, Daniel Molina, Javier el Güero y muchos
otros lo enjuiciaron, y consiguieron que a Luis Echeverría,
secretario de Gobernación en 68, le dieran su casa como cárcel.
Al arresto domiciliario en San Jerónimo acudieron Rosario
Ibarra de Piedra y Jesusa Rodríguez, que aventaron cubetazos
de pintura roja en contra de su puerta de madera. Seguramente
muchas madres, como Manuela, están más tranquilas porque
la masacre no es una hoja arrancada de la historia del país:
“Lo que va a quedarse para siempre en la historia es que el 2
de octubre fue un genocidio. Si Luis Echeverría cometió un
genocidio, debe responder por ese genocidio; lo mismo que los
demás”, dice Manuela, con esa seguridad que la agiganta y la
hace admirable.

La Chata recuerda que antes del 2 de octubre, los
estudiantes vivían embriagados por el gusto de hacerse ver y
escuchar: “Se confiscaron todos los camiones del Politécnico.
Entraban miles de pesos en los botes de Mobil Oil en los que
recogíamos el dinero que nos daban en la calle. Además
de la boteada, estábamos organizados y muchos hacíamos
happenings en las esquinas de las calles, en los mercados.
Repartíamos volantes que imprimíamos toda la noche en
Ciudad Universitaria o en el Poli. Nos reuníamos durante





Elena Poniatowska

horas a concertar las próximas acciones decididas por el Consejo Nacional de Huelga”.

La ciudad de México, que siempre tiene olvidados a sus jóvenes y los llama haraganes, buenos para nada, revoltosos, mitoteros, fue tomada por los estudiantes. “Tomar la calle”, ¡qué grito de alegría! Los poderosos ignoraron su capacidad de convocatoria. Los muchachos pedían que las autoridades del país escucharan sus peticiones y entablaran un diálogo, querían “hacer patria”.

1968 es significativo porque en el mundo entero hubo manifestaciones a favor de la defensa de los derechos humanos, en contra de la opresión y en Francia, en Japón, en Checoslovaquia los jóvenes se levantaron para decir que no aceptaban el mundo que les habían heredado sus padres y que no seguirían las reglas del pasado, no irían a Vietnam, exigían paz y amor, flores amarillas y cabellos largos, la “V” de la victoria y las canciones de Joan Baez en contra de la condena de Sacco y Vanzetti. Para los estudiantes mexicanos, el 68 fue mucho más lejos que cualquier consigna. Quienes estuvieron en la Plaza de las Tres Culturas recuerdan el 2 de octubre como un parteaguas. “Esto lo veíamos en la televisión, jamás creímos que nos sucedería a nosotros.” Nunca imaginaron que sus compañeros morirían en la Plaza de las Tres Culturas ni que el ejército mexicano los vejaría, los desnudaría, les cortaría el pelo a bayonetazos.

Para desgracia del país, las autoridades son expertas en esconder la verdad, en cambiar las cifras a su favor, hacer trampa, mentir, y nunca sabremos cuántos murieron. Algunos jóvenes quisieron ponerse en los zapatos de los soldados y alegar que ellos sólo obedecían órdenes, para eso los entrenan,





Para leer de boleto en el Metro

pero ¿quién se puso en los zapatos de los muertos? ¿Quiénes eran los dueños de los zapatos que quedaron tirados en la plaza, los de mujer, los de hombre, los de niño? ¿Quién podría tomar el lugar de los familiares angustiados por saber de sus hijos, esposos, hermanos? Les arrebataron la vida a muchos. “Los jóvenes pagaron con sangre su sed de justicia, pero ¿por qué tiene que ser tan cara, si protestar y denunciar es un derecho de toda la humanidad?”, alega Manuela Garín.

El 2 de octubre hubo muerte, miedo, injusticia, pero también conciencia y lealtad. A pesar del peligro, los habitantes del edificio Nuevo León en Tlatelolco se solidarizaron con los muchachos y los escondieron o los sacaron de sus departamentos al amanecer después de haberlos cuidado toda la noche.

¿Dónde quedó la paloma de la paz? La imagen de México, ensangrentada, llegó hasta Nueva Delhi y allá la vio Octavio Paz, quien escribió mientras renunciaba a ser nuestro embajador: “Ante la indignación del mundo entero, los jóvenes fueron asesinados. En muchos países del mundo hubo movimientos estudiantiles, el único que terminó con una masacre fue el mexicano”. ¿Cómo podía ser moderno y justo y ejemplar el país (que GDO quería presentar al extranjero el 12 de octubre, día de la inauguración de las Olimpiadas) si acribilló a sus estudiantes?

Cuarenta y cuatro años más tarde, el 11 de mayo de 2012, surgió un movimiento que tomó por sorpresa a nuestro país con su espontaneidad y su frescura: #Yosoy132, y la ciudad de México sacudió sus telarañas y su desesperación y todos respiramos mejor. Nació “una pequeña república estudiantil”, como lo dice Carlos Acuña.





Elena Poniatowska

Durante esos cuarenta y cuatro años, ¿qué había pasado en el país? Después de Gustavo Díaz Ordaz, Luis Echeverría impuso a De la Madrid, quien a su vez impuso a Salinas de Gortari por encima del verdadero ganador, Cuauhtémoc Cárdenas. Seis años más tarde, su candidato, Luis Donald Colosio, fue asesinado en Tijuana el 23 de marzo de 1994, en Lomas Taurinas, Tijuana, y este crimen propició el ascenso al poder de Ernesto Zedillo, quien a su vez le entregó la banda presidencial a Vicente Fox, del PAN (partido de oposición), que defraudó a los mexicanos como habría de hacerlo su sucesor Felipe Calderón. (Una joven estudiante del #Yosoy132 refutó a la candidata del PAN, Josefina Vázquez Mota, y le dijo que cuando ella hablaba de estabilidad económica, tenía que recordar que “vivimos en un país con 52 millones de pobres y 7 millones de nuevos pobres en este sexenio: 11 millones en pobreza extrema”.)

Durante estos cuarenta y cuatro años, surgió una ciudadanía nueva, alerta, crítica y desencantada, cuyo punto de referencia era la masacre del 2 de octubre de 1968. Varios jóvenes se convirtieron en guerrilleros, varios maestros rurales inconformes canjearon la pluma por el fusil y se refugiaron con sus seguidores en la sierra de Guerrero. (Habría que recordar la mejor novela de Carlos Montemayor: *Guerra en el paraíso*). El gobierno persiguió a los contestatarios y conocieron la tortura. A doña Rosario Ibarra de Piedra le “desaparecieron” a su hijo Jesús, e inició el movimiento Eureka con otras madres que gritaban: “¡Vivos los llevaron, vivos los queremos!”. Los desaparecidos mexicanos eran aún más invisibles que los argentinos, porque México había sido el refugio de todos los perseguidos políticos de Chile, de Argentina, de Uruguay, de Guatemala: ¿cómo





_____ **Para leer de boleto en el Metro**
podía entonces encerrar a sus opositores? El gobierno negaba que hubiera tortura, “separos” y cárceles clandestinas.

La censura acalló no sólo la masacre del 2 de octubre, sino la responsabilidad de ingenieros y arquitectos cuyos edificios gubernamentales, hospitales y maternidades fueron los primeros en desmoronarse a la hora del terremoto de 1985, así como el estallido de gas de San Juanico que provocó la muerte de 600 personas y hospitalizó a más de 2,500, entre niños, mujeres y ancianos. Las denuncias se silenciaron con la advertencia de la vuelta a la normalidad: “Está usted denigrando la imagen de México” fue la forma de silenciar cualquier protesta, cualquier aclaración.

Sólo hasta el advenimiento de Cuauhtémoc Cárdenas como jefe de Gobierno comenzó a hablarse en público del 2 de octubre de 1968, porque él mandó izar la bandera del Zócalo a media asta. Antes, en la Secretaría de Educación Pública a Mariana Yampolsky, directora de Publicaciones, le llamaron la atención porque hicimos juntas un libro en el que aparecía el asesinato de los estudiantes el 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas.

El 1° de enero de 1994 se levantaron en armas los nuevos zapatistas al lado de su portavoz, el subcomandante Marcos, quien desde el fondo de la selva chiapaneca escribió uno de los textos más bellos que puedan leerse en México: “¿De qué nos van a perdonar?”.

La guerra contra el tráfico de drogas puede resumirse en los encabezados de los periódicos: “Cadáver colgado de un puente en Monterrey”, “Adolescente muere por tiroteo en Iztapalapa”, “Tiran en carretera restos humanos dentro de bolsas”, “72 indocumentados muertos en Tamaulipas”;





Elena Poniatowska

las decapitaciones se dispararon a partir de 2006 por la guerra entre cárteles: “Tres cuerpos arrojados a una barranca”, “La guerra contra el narcotráfico ya llega a 831 municipios”, “Ejecutado delante de sus hijos”, “Ciudad Juárez, la ciudad más violenta del mundo”, “Veinte balaceras en Nuevo León y Tamaulipas”, “Enfrentamientos en Saltillo dejan un saldo de 4 muertos”, “Narcomantas aparecen a hora pico en Nuevo León”, “La guerra contra el narcotráfico suma 60, 420 muertos”; cadáveres mutilados la cabeza cubierta por una bolsa de plástico, la boca tapada con cinta adhesiva, tiros en la nuca, tiros en las sienes, descabezados, ultrajados; María de la Luz Dávila, la madre de los dos estudiantes de dieciséis y diecisiete años asesinados en Juárez que se levantó a decirle a Calderón que no era bienvenido en Chihuahua el 12 de febrero de 2010; Marisela Escobedo, otra madre asesinada frente al Palacio Nacional de Chihuahua, el 17 de diciembre de 2010, cuando pedía la condena del asesino de su hija: ése es el saldo de la guerra de Calderón en contra del narcotráfico.

Según la revista *Time*, los cárteles se llevan de 30 a 40 mil millones de dólares al mes. También de los depósitos de Pemex, los cárteles han desviado a su favor más de mil millones de dólares. Y no se diga los dólares de los migrantes secuestrados.

“Nadie puede competir contra el dinero.”

Cuando ya llevábamos en el país más de 60 mil muertos por esta guerra y más de 30 mil periodistas asesinados (México, el país más peligroso para ejercer el periodismo según *Human's Rights Watch* y *Amnesty International*), cuando más de 400 mujeres habían sido asesinadas en Ciudad Juárez, Chihuahua, surgió el movimiento #YoSoy132, que cambió las





————— **Para leer de boleto en el Metro**
reglas del juego. Levantó su voz en contra de un régimen de
mentira y traición y sus porras limpiaron la atmósfera cargada
de sangre. Gracias a ellos, México volvió a recuperar una
facultad que ha hecho una falta enorme: la indignación.

Ya en 2006, el candidato de la izquierda Andrés
Manuel López Obrador quedó a un 0.56% de ganar las
elecciones, y muchos vivieron en el Zócalo durante cincuenta
días en tiendas de campaña. Jesusa Rodríguez, la notable
actriz y animadora del plantón, nos hizo leer a Thoreau,
quien lanzó a la vida pública la consigna de la desobediencia
civil, así como Jesusa habría de lanzar la de la Resistencia
Creativa. Conocía yo *Walden, la vida en los bosques*, pero no *La
desobediencia civil*, un texto esencial para la resistencia pacífica
de movimientos como el de #YoSoy132, que se inició con
el rechazo al candidato del PRI, Enrique Peña Nieto, quien
pretendió imponer sus guaruras y su modo de hacer política
en la Iberoamericana, una universidad de niños hijos de
papá y “niñas bien” privilegiadas.

El pago a Televisa de 346.3 millones de pesos para
fabricar su imagen, como le consta a *The Guardian*, precedió
la visita de Peña Nieto a la Ibero, pero lo que más llamó
la atención pública es que los estudiantes le reclamaran al
candidato del PRI lo sucedido el 3 de mayo de 2006 a los
vendedores de flores en Atenco, Estado de México, que habían
protestado con machetes, palos y piedras contra la toma de un
terreno en que se construiría un nuevo aeropuerto. Ese día la
policía violó a veintiséis mujeres, entre otras a unas reporteras
españolas que declararon que en ningún país podría darse un
trato tan cruel y degradante como se les dio a los habitantes
de Atenco, al detenerlos en forma arbitraria y degradante





Elena Poniatowska

y allanar sus moradas pisoteando los derechos de niños y ancianos.

Un poco antes de morir, Carlos Fuentes declaró: “No quiero ni pensar en lo que puede pasarle al país si gana Peña Nieto”, cuando el candidato priista no pudo dar ni tres títulos de libros leídos a lo largo de su vida en la Feria del Libro de Guadalajara 2011.

Tampoco logró responderle a *El País* cuánto costaba el kilo de tortilla, cuánto un boleto del metro y cuál era el salario mínimo en México.

El boleto del metro cuesta 3 pesos, el kilo de tortilla 12 pesos, el salario mínimo es de 62 pesos diarios. Esos datos me los dio Andrés Manuel López Obrador, que sí sabe.

“Gallito mata copete”, “¡Presidente, presidente!”, “¡Yo amo a México y no quiero al copetón, yo lo que quiero es a López Obrador!”, “Peña entiende, el pueblo no te quiere”, “Si hay imposición, habrá revolución”, “¡Fuera el IFE!”, “No estás solo, no estás solo” son las consignas que ahora se escuchan en las marchas de apoyo al gallo de la izquierda, Andrés Manuel López Obrador. Resultan gigantescas al lado de las del 68 y se multiplican en todo el país. Asistimos maravillados a las marchas que hoy como ayer terminan en el Zócalo y comprobamos que los jóvenes son muy superiores a sus gobernantes.

“¡Sí se puede! ¡Sí se puede! ¡Sí se puede!” Sí, pero ¿cuándo? Tengo ochenta años y, desde 1968, nunca ha ganado mi candidato.

Hoy los integrantes del #YoSoy132 tienen más poder de convocatoria que los muchachos del 68. A través de las





————— **Para leer de boleto en el Metro**
redes sociales que jamás tuvieron en 1968, los estudiantes hoy llegan hasta Estados Unidos y Europa, a diferencia de los chavos del 68 que imprimían volantes en un mimeógrafo que podía escucharse toda la noche en un pasillo de la Facultad de Filosofía y Letras de Ciudad Universitaria. Los del 68 tenían una ventaja: no vivían acosados por la guerra del narcotráfico, no corrían el riesgo de que los cazaran como conejos a media calle como ahora sucede en toda la República; los padres de familia no imaginaban que de la noche a la mañana los convertirían en víctimas, como al hijo del poeta Javier Sicilia y tantos otros.

“¡El PRI es el gran obstáculo para la democracia!” “¡El PRI saca ventaja de la pobreza y la ignorancia de la gente y compra votos!” “A través de las dos cadenas de televisión, el PRI compró el voto de millones.” “¿Quién les puede creer ahora a Televisa y a TV Azteca?” En este año de 2012 regresa el PRI, pero el PAN le hizo al país en doce años el mismo daño (o peor) que el PRI en setenta.

Ojalá y a nadie se nos olvide que la lucha es una fiesta y que el futuro es joven, como diría mi admirado Hermann Bellinghausen.

Fragmento del libro, *La noche de Tlatelolco*, Ed. Era.





Elena Poniatowska

Periodista y narradora, nacida en París, Francia. Hija de una mexicana, Paula Amor, y un noble polaco. Radica en México desde 1942. Fue becaria del Centro Mexicano de Escritores, de 1957 a 1958; ingresó al Sistema Nacional de Creadores Artísticos, como creador emérito, en 1994. Entre sus textos destacan las novelas: *Hasta no verte Jesús mío* (1969), *Querido Diego, te abraza Quiela*, (1978), *La flor de Lis* (1988), *Tinísima* (1992) y *La piel del cielo* (2001); los ensayos: *Todo empezó el domingo* (1963), *La noche de Tlatelolco* (1971), *Nada, nadie. Las voces del temblor* (1988), *Juchitán de las mujeres* (testimonio, 1989); las colecciones de cuentos: *Lilus Kikus* (1954), *De noche vienes* (1979), *Métase mi prieta entre el durmiente y el silbatazo* (1982); y los libros de entrevistas: *Palabras cruzadas* (1961), *Domingo 7* (1982), *Todo México* (1990) y *Todo México*, vol. II (1994).

Ha recibido múltiples premios entre los que pueden citarse: Premio Nacional de Periodismo (fue la primer mujer que recibió esta distinción) por sus entrevistas (1978), Premio Manuel Buendía (otorgado por varias universidades de México), por méritos relevantes como escritora y periodista (1987), Premio Mazatlán de Literatura, (1992), por *Tinísima* y el más reciente, Premio Alfaguara de Novela 2001, por *La piel del cielo*.







José Agustín

DE PERFIL

(LAS PRIMERAS PÁGINAS)

José Agustín

Detrás de la gran piedra y del pasto, está el mundo en que habito. Siempre vengo a esta parte del jardín por algo que no puedo explicar claramente, aunque lo comprendo. Violeta ríe mucho porque frecuento este rincón. Eso me parece normal: Violeta es mi madre y le encanta decir que no estoy del todo cuerdo. Ahora debo regresar a la casa, porque de lo contrario Violeta me llamaría y no tolero cosas así. Seguro soy desobediente por naturaleza. Por ejemplo, hace un rato Humberto me pidió que comiera con orden, sin mordiscar aquí y allá. No le hice caso, pero acepto que diga ese tipo de cosas (no por nada es mi padre).

Siempre me ha costado trabajo hacerme a la idea de que son mis padres; es tonto, he visto mi acta de nacimiento y hasta me parezco a ellos. Hoy en la mañana lo dije, pero respondieron que dejara esos asuntos.

—Deberías partir la carne en pedazos más pequeños.

Recuerdo (y me mata de risa) cuando Humberto me explicó lo del sexo. Hace siglos. Se veía muy gracioso al hablarme: partía nerviosamente su flan. Al final, el postre estaba reducido a partículas viscosas y casi no atendí.





Para leer de boleto en el Metro

Humberto se levantó, soltando la cucharita.

— ¿Has entendido bien?

— Sí, Humberto.

Pero era mentira y eso no me preocupó demasiado; el sexo no me interesa gran cosa. Hasta algunos compañeros me ven con desconfianza en ocasiones.

En la mañana vino Ricardo. Me pareció increíble: según me ha contado, duerme hasta muy tarde, y tras el desayuno, dormita en el jardín. Subimos a mi cuarto. Me senté junto a la ventana, mientras él se paseaba. Tomó un libro para preguntarme si era bueno, le respondí que era un libro y nada más (los libros que me regala Humberto son los últimos que leo). Comentó ah y siguió paseándose. Yo lo observaba preguntándome cómo puede pasearse tanto tiempo sin decir nada. Ricardo es medio taradón, se lo he dicho y sólo contesta ah. Al poco rato, tras tomar una silla se sentó frente a mí. Dijo:

— Oye.

— ¿Qué?

— No, nada.

Volvió a pasearse y vio detenidamente mi calendario de la Panamerican (lo ha visto miles de veces). Fingí no interesarme en él, pero la verdad era bien distinta. Algo traía entre manos. Entonces, encendí un cigarro como si nada. Ricardo me miró escandalizado, pero sonriendo, hasta que no pudo más.

— Y, ¿si entran tus papás?

— Total...

— ¿De veras no te importa?

— En este momento, no.

— Ah. Dame uno, ¿sí?





————— José Agustín

Se lo extendí de mala gana. Ricardo nunca compra cigarrillos, y además, fuma como si fuera lo máximo en el mundo. Así lo hizo esa mañana: daba el golpe, aguantándolo durante siglos, y luego, tras echar el humo, sonreía. Ya me estaba exasperando cuando volvió a sentarse frente a mí.

— He estado tirando la ceniza en el suelo — dijo, casi agresivamente.

— No te preocupes, la criada limpia todo.

— Ah.

— ¿No sabes decir otra cosa?

— Oye — había un ligero temblor en su voz —, tus papás son muy gente, ¿no?

— Mira, si eso quieres, aguantan lo que sea. Adelante.

— Adelante, ¿qué?

— Que sigas.

— Ah... Mis papás no son así.

— Qué triste.

— Siempre me ponen como camote por cualquier cosa.

Ricardo miraba hacia el jardín, por la ventana.

— Me voy a fugar.

— Mira qué interesante — me acomodé mejor en la silla.

— ¿A dónde?

— Eso no importa, me voy y listo.

— Ricardo, eres todo un hombre.

— ¿No vienes conmigo?

— ¿Yo?

— Sí, mano — hasta entonces me dio la cara —, entre los dos podríamos hacer que varios cuates consiguiéramos lana y pelarnos.

— ¿A dónde?



Para leer de boleto en el Metro

- A cualquier parte.
- Eso no es tan fácil, Ricardo.
- Pero tampoco es difícil.
- Sí es difícil, es difícil conseguir dinero; además, nos buscarían.
- No nos encuentran.
- Al revés, porque seríamos varios.
- Ah.
- Ah, ¿qué?
- Ah nada.
- Eres muy menso.
- Pues yo me voy.
- Te felicito.
- ¿No me acompañas?
- ¿No te dije ya?
- No.
- Pues no.
- No, ¿qué?

Lo mandé al diablo, es imposible hablar seriamente con él. Además, me daba flojera explicarle por qué no lo acompañó. Será porque ni yo mismo lo entiendo. En la tarde recibí una llamada de Pascual para invitarme a su casa. Gran onda. Acepté con un gruñido y la idea sólo me animó por lo tedioso de la tarde. Así son las vacaciones; si hubiera reprobado alguna materia, debería estudiar; pero como salí limpio, no pienso hacerlo (no tendría chiste, además). Me puse sólo un suéter. Es extraño, aunque estamos en invierno no se siente el frío. En el jardín tomé la pelota de mi hermano para tirársela al perro, que fue por ella a pesar de su aburrimiento y hasta me la trajo, con





————— José Agustín

los ojos adormilados. Le dije psst y solté la pelota, meneando la cola. Es muy buey el perro.

Antes de subir en el camión le hablé a Ricardo, pero el canalla Pascual ya lo había invitado, y estaba en camino. Me incomodó el hecho de no haber sido yo quien lo llevara. Ya en el camión, maldije por no haber traído un cuento o algo: me sé de memoria los anuncios del camión. La Crema Tal satisface como la sal, le limpia aquí y allá con toda comodidad. Hay una mujer, con pretensiones de superbella, embarrándose Crema Tal con una sonrisa que parece decir: ¡Vean qué fenomenal, ya estoy salada! Hasta se me ocurrieron unos versuchos:

Esta tarde en el camión
la mujer con Crema Tal
lucía fenomenal
con esa crema brutal.

Pero eso no tiene sentido: debe ser la temporada.

La gran sorpresa en casa de Pascual fue que su familia salió de vacaciones y él encontró las llaves del bar. Ya estaban ahí Ricardo, fumando como loco, Hugo y Óscar: dos amigos de Pascual y conocidos míos. Tras los saludos de rigor, Pascual esperó un instante de silencio para proceder solemnemente con el saqueo. Todos estábamos entusiasmadísimos, porque aparte de las botellas había varios cartones de phillip morris. Pero Pascual dijo que no tocáramos los cigarros porque, de saberlo, su padre se pondría furioso. Eso nos descorazonó un poco, pero volvimos a entusiasmarnos cuando Pascual sacó una botella de brandy no malo porque dice solera. Luego meditó que su padre se daría cuenta por lo mismo y buscó otra botella. Un





————— **Para leer de boleto en el Metro**
proceso similar aconteció con cuanto frasco tomaba y apuesto que estuvo a punto de sugerir que mejor compráramos algo si no hubiésemos protestado. Entonces, no de buena gana, sacó una de bacardí. Todos nos servimos tragos para adulto, pero Pascual hacía trampa: se servía poco ron, mucho refresco y aún le echaba agua. Sin embargo, fue el primero en marearse. Le siguió Ricardo, que había estado secreteándose con Hugo y Óscar. El canalla se levantó para decir:

— He decidido pelarme de casa, me iré tan pronto como sea posible. Él — me señaló, el canalla — está de acuerdo conmigo y piensa acompañarme.

Quise aclarar que era una mentira king size, pero Pascual gritó:

— Perfecto perfecto perfecto, nosotros seremos tumbas y no diremos nada cuando empiecen a buscarlos, ¡salud!

Todos bebimos. Ricardo dio un saltísimo para proclamar con entusiasmo:

— Nada de eso, el chiste es que seamos varios, ¿por qué no vienen ustedes también?

Súbito silencio.

— Pues... — musitó Pascual.

Hugo fingió quedarse pensativo mientras Óscar balbucía:

— Yo, no sé, habría que pensarlo.

Interrumpí, juzgando que era el momento adecuado.

— Oye, Ricardo, en la mañana nunca dije que te acompañaría.

Me miró ofendido.

— Pero tú.

— Dije que no — insistí —, es más, no creo que hagas nada.





José Agustín

— ¿Me estás tomando por un rajón?

No quise contestar porque lo conozco y sé que le encanta hacer tango por cualquier asunto. Pascual, con lucidez insospechada, logró parar todo al decirnos que aún tenía otra sorpresa. Uy, qué emoción. Ricardo olvidó toda ofensa, y como chamaquito, empezó a preguntar cuál sorpresa. Hugo y Óscar gimoteaban también y nuestro anfitrión, feliz. — Antes que nada, otro chupe — dijo y sirvió de nuevo. Con toda mi mala leche, intervine:

— Dame tu vaso, Pascual, estás haciéndote pato.

Quedó sorprendido y aproveché ese instante para arrebatarse el vaso: casi lo llené de ron y sólo puse un chorrito de refresco. Pascual quiso protestar.

— Oye, nadie está bebiendo así.

Me tragué un pero tú sí al decirle que eso no era cierto y lo invité a probar nuestros vasos, rematándolo con un pato pascual. Titubeó un momento, y como seguramente recordó que sus padres no regresarían en una semana, aceptó la perspectiva de quedar privado.

— La sorpresa — gimió Hugo.

— Primero hay que chuparle — insistí, comprendiendo que también yo comenzaba a marearme.

Automáticamente, todos bebimos, como si fuera algo sagrado. Hugo y Ricardo, impacientes, exigieron la sorpresa, amenazando con abrir el brandy solera. Pascual se levantó sonriendo, para perderse por el pasillo. Aunque parezca mentira, nos sentimos desamparados (un poco) durante su ausencia, y quizá por eso, cuando regresó apuramos nuestros tragos a guisa de bienvenida.

Pascual venía muy misterioso, con varias revistas a todas luces gringas dado lo brillante del papel. Se colocó en el





————— **Para leer de boleto en el Metro**
centro del sofá, y al momento, Hugo y Óscar fueron a su lado. Me coloqué atrás, junto a Ricardo. Pascual ya estaba diciendo, pero sin dejarnos ver las revistas.

—Las encontré el otro día, mi papá me encerró en la biblioteca, castigado, como no tenía nada qué hacer, revolví todo y así salieron estas preciosidades. Veán nomás.

Abrió una revista al azar. Fiu, silbaron todos al ver a una muchacha desnuda cubriendo su sexo con las manos. Como los apretaba con los brazos, sus senos se veían enormes. Pascual empezó a volver las hojas con excesiva lentitud, regodeándose con los desnudos. Hugo, Ricardo y Óscar estaban en perfecto silencio, sin despegar los ojos.

—¡Qué emoción; grazna, Pascual! —comenté con la voz demasiado chillona, lo cual me delató: pretendía darme aires de entendido. Afortunadamente, ninguno se dio cuenta. Cómo iban a darse cuenta. Continuaban silenciosos, bebiendo sorbitos y fumando como apaches. Ante la perspectiva de formar parte del coro de exclamaciones, me estiré para tomar una revista e iniciar la ronda a mi manera. Muy interesante tórax. Perfecta conformación craneana. Etcétera. Me miraron sorprendidos, mientras yo torcía mis imaginarios mostachos.

—Déjenlo, está loquito —al fin graznó Pascual. Y entonces ellos iniciaron los mira, uh, zas, qué bruto, bolas, rájale, guau, mamasota.

Al poco rato, Ricardo, mareado del todo, acabó durmiendo casi sobre Pascual, que seguía atentísimo viendo los cuerazos. Hugo y Óscar, tras tomar sendas revistas, fueron a los sillones para gozarlas. Pascual bebía cada vez más rápido, estaba muy colorado; después se levantó, siempre con su revista, y se fue por el pasillo. Supuse que iba a vomitar. Ricardo





————— José Agustín

dormía en el sofá, con sonoridades aparatosas. Hugo se había quedado quieto, viendo el vacío, un poco triste. Óscar dejó su revista, y entre eructos, inconscientemente se exprimía los barros. Siempre me ha causado repulsión ver a alguien en esos menesteres y sobre todo a Óscar: es un barro andante.

Perfectamente aburrido, y aún no ebrio, me encaminé hacia el baño, para burlarme de Pascual, a quien esperaba encontrar en pésimas condiciones.

No me molesté en tocar la puerta, para sorprenderlo. Fue un error: Pascual se hallaba sentado sobre la taza, haciéndose una, mientras echaba ardientes miradas a la revista que puso en el suelo. Se quedó de una pieza al verme y sólo alcanzó a musitar:

—Quihubo.

—Quihubo —respondí antes de cerrar la puerta. Yo también, y no entiendo por qué, me quedé de una pieza. Mi reacción natural debió haber sido la risa, mas nada de eso.

El corazón comenzó a bailotear en mis adentros, como si presintiera algo. Sin saber la razón corrí a la cocina y pude ver, con real pavor, que la estúpida familia de Pascual había (seguramente) cambiado sus planes y ya estaba ahí: su padre aprestándose a bajar del coche y los hermanitos haciendo un escándalo de los mil demonios. Busqué la manera de esfumarme de la casa sin que nadie me viese, pero no había puerta atrás ni cosa por el estilo. Entonces, temblando como idiota, abrí la ventana y salté al jardín, donde quedé agazapado, esperando que entraran los pascualos. Eché pestes un buen rato porque los canallas no tenían para cuándo, pero al fin lo hicieron. Más rápido que de prisa salté la barda y no paré de correr hasta



————— **Para leer de boleto en el Metro**
diez cuadras adelante. Me senté en la banqueta, resoplando,
pero muerto de la risa al imaginar el escándalo que se habría
armado en casa de Pascual. El problema fue que con la carrera
acabé marcadísimo; si llegaba en esas condiciones a la casa,
Humberto me despellejaría.

Fragmento del libro *De perfil*, Ed. Joaquín Mortiz.





José Agustín

Nació en Acapulco, el 19 de agosto. Narrador, guionista de cine, periodista, traductor y dramaturgo. Estudió letras clásicas, dirección cinematográfica, actuación y composición dramática. Ha colaborado en distintos suplementos y revistas. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores de 1966 a 1967, y de la Fundación Guggenheim en 1978. Ganó el Premio Latinoamericano de Narrativa Colima/Instituto Nacional de Bellas Artes 1993. Para obra publicada por *Ciudades desiertas*, además recibió el Premio Nacional de Literatura Juan Ruiz de Alarcón, por su trayectoria literaria y su aporte a las letras mexicanas, en las VI Jornadas Alarconianas en Taxco, Guerrero, 1993. Parte de su obra ha sido traducida a varios idiomas e incluida en antologías de México y del extranjero. Entre su prolífica obra, pueden mencionarse los siguientes textos: *El rock de la cárcel* (1984); *Se está haciendo tarde* (1973); *El rey se acerca a su templo* (1977); *Ciudades desiertas* (1982); *Inventando que sueño* (1968); *No hay censura* (1988); *Tragicomedia mexicana I. La vida en México de 1940-1979* (1990); *Tragicomedia mexicana II. La vida en México de 1970-1988* (1992); *La mirada en el centro* (1964-1977).







Paco Ignacio Taibo II

LECCIONES DE HISTORIA PATRIA

Paco Ignacio Taibo II

(Septiembre del 98 reuniendo
materiales que se remontan al 90)

Peligroso en tiempos de insurgentes andar recordando los gritos completos, con todo y la cola del: “Muera el mal gobierno”.

Mucho mejor sacarlos y convertirlos en nombres de plazas, monumentos. Hay un homenaje que es deshomenaje, hay una memoria que es desmemoria.

¿Si aquellos nos dieron la patria, quiénes luego nos la quitaron?

¿Qué tan lejos se encuentra el pasado? ¿Qué tan otros somos? ¿Qué tanto han destruido las repeticiones mecánicas, los esquemas, las horribles estampitas, los miedos del poder, las imágenes de aquellos otros millares de mexicanos en guerra santa por la independencia? ¿Qué tan cerca se encuentra su necesidad de independencia de nuestra necesidad de independencia?



Para leer de boleto en el Metro

Tiempos extraños estos, en que la televisión se puebla de frases sin sentido, de llamados huecos a celebrar una independencia que simultáneamente se olvida.

Cada vez más lejos y sin embargo tan cerca.

¿Puede acercarse uno a la historia sin buscar el presente en el tiempo perdido, sin necesitar de la herencia?

Todo parece reducirse al cultivo del olvido y la colgada de la banderita. Quizá por eso, saco del clóset estas historias sueltas que he venido reuniendo durante años. Y escribo con la absoluta convicción de que los ojos tristes del cura Matamoros me vigilan, que por encima de nuestros hombros un semianalfabeta y libertario Hermenegildo Galeana nos contempla y un Morelos sin paliacate y con el gabán raído vela por nuestros sueños.

Cada uno puede celebrar la Independencia a su gusto, a mí me atrae la idea de reconstruir nuestro santoral laico, recuperar abuelitos alucinados en guerra de hombres libres, humanizar personajes, difundir rumores, contar anécdotas.

Mucho deben tener estas historias de subversivas para que urja tanto olvidarlas, expurgarlas de los libros de texto, reconstruir independencias sin contenido.

Una goma de borrar gigantesca atenta, mexicanos, contra nuestra memoria.

I. ASESINATO

Cuenta Armendáriz, teniente de presidio en Chihuahua, que el hombre al que debía matar estaba preso en el cuartito número uno del hospital. Cuando llegó el amanecer lo hizo caminar, rodeado por la escolta, hasta el banquillo que habían colocado en el patio del corral del hospital. Hubo un pequeño altercado





Paco Ignacio Taibo II

porque el condenado se negó a dejarse fusilar de espalda y el oficial a cargo del pelotón de fusilamiento hubo de ceder.

Los soldados lo hicieron sentarse y lo vendaron; luego lo ataron a un palo para mantenerlo rígido.

Se formó el pelotón de fusilamiento en tres filas, la primera de ellas a cuatro pasos del hombre. Se les dio orden de disparar al corazón.

La primera descarga sólo produjo heridas, porque “los soldados temblaban como unos azogados”. La venda se ladeó y el hombre se les quedó mirando. Disparó la segunda fila, pero el tiro de muerte no se produjo, las balas le destrozaron el estómago. Disparó la tercera fila y ni una sola de las balas acertó al hombre.

Entonces el teniente ordenó a dos soldados que dispararan poniendo la boca de los fusiles sobre el corazón.

Nomás así lo pudieron matar.

Mil soldados realistas cuidaban los exteriores de Chihuahua cuando los ejecutores llevaron el cadáver, sentado en un silla, a las afueras del hospital, para que la gente certificara con sus ojos que Miguel Hidalgo, cura réprobo, había muerto.

Cumplido el requisito, le cortaron la cabeza, la salaron y la enviaron a Guanajuato. El resto del cadáver se enterró en el campo en lugar desconocido, para que nadie peregrinara buscándolo a él y a sus razones.

Mucho miedo debían tenerle.

II. QUE AL FIN Y AL CABO ES NUESTRA

Váyase a saber lo que verdaderamente dijeron. Si lo dijeron acaso; si lo dijeron en su lengua y el realista y gachupín co-





————— **Para leer de boleto en el Metro**
ronel Linares ni los entendió. Si hablaron de otras cosas o de éstas, pero Guillermo Prieto contaría años después que los indios del Mezcala, en medio de la laguna de Chapala, andaban insurreccionados durante la guerra de independencia y llegó hasta sus pueblos en aquel “mar huérfano” el ejército del realista Cruz y lo recibieron a la mala, en guerra de flechas y cañas y mandaron a los realistas derrotados para Guadalajara.

Y entonces les enviaron un papel, un escrito, una carta, pidiéndoles sumisión y amenazándolos con que correría mucha sangre si no se rendían. Y vaya usted a saber si la leyeron o la tiraron sin leerla, o la leyó un traductor que mentía.

El caso es que contestaron: “Señor, que corra la sangre, al fin y al cabo es la nuestra”.

III. LA CABEZA DE HIDALGO

Para hacer escarmiento, las cabezas de los fusilados en Chihuahua fueron transportadas a Guanajuato, en un largo viaje y bajo enorme escolta, donde serían colocadas en jaulas que adornaran las cuatro esquinas de la Alhóndiga. Símbolo contra símbolo.

En ésas estaba el verdugo local, metiendo en su jaulita la cabeza de Allende, cuando un gachupín llegó clamando venganzas y se dedicó a patear la jaula de barrotes de hierro en la que estaba la cabeza de Hidalgo, haciéndola rodar por los adoquines. Luego, muy ufano, se trepó a su caballo y se lanzó cuesta arriba, pero el animal excitado no respondió al freno y lanzó a su jinete al suelo, donde el gachupín se rompió la pata izquierda.

Una anciana sabia dijo en voz alta: “Dios castiga sin palo ni piedra”.





Paco Ignacio Taibo II

La bola de insurgentes enmascarados, que siempre hay por todos lados, se limitó a darle sonrisas y zanahorias al caballo.

El verdugo colgó las cabezas, pero sin mayores irreverencias, no fuera a ser la de malas. Ahí se acabaron de pudrir al sol.

Durante diez años los despojos colgaron en sus jaulas.

Todavía en Guanajuato me he encontrado gente que me cuenta que en las noches sin luna los ojos de Hidalgo siguen mirando a los paseantes que cruzan la plaza de la Alhóndiga.

IV. ES POR HONRA NO POR BENEFICIO

Chaparrito y delgado, güero deslavado con barbita, picado de viruelas, con un ojo que se le iba obligándolo a inclinar la cabeza al hablar, con una voz sorprendentemente hueca y potente, que fascinaba a los viejos del pueblo y a los soldados, tenía casi 45 años cuando lo capturaron.

Fumador empedernido, llegó a hacer un agujero en la silla del confesionario para poder clavar ahí el puro mientras trabajaba oyendo miserias ajenas y recuperarlo más tarde. Otro agujerito, ya en su etapa de guerrillero, fue hecho en la silla del caballo, para dejar ahí el puro cuando sacaba el machete y cargaba.

Interrogado por los que habrían de fusilarlo, el general insurgente de las huestes de Morelos, el cura Mariano Matamoros, recién capturado pero muy digno, respondió a todas las preguntas sobre qué había hecho con el oro y la plata que los insurgentes habían capturado en Oaxaca, los cargamentos de tabaco, los caballos, los arcones de monedas...





Para leer de boleto en el Metro

Y ante tanta insistencia se indignó: “¿Todavía no se había entendido que la revolución se hacía por honra y no por beneficio?” Y se tomó la molestia de explicarles a sus inquisidores que todo lo capturado iba a la tesorería del ejército insurgente y que él nada poseía; pues unos caballos que tenía los usó Bravo para asuntos de guerra y unos cofres con asuntos personales por ahí los perdió en un combate, y que los cigarros que fumaba se los daba la tesorería y que por no tener nada, hasta sus cortes de pelo y afeitadas las pagaba la revolución, y hablando de esto, insistió, que dado que estaba preso, ahora ellos se hicieran cargo de tal gasto antes de fusilarlo, porque quería morir bien rasurado.

V. BUSCÁNDOLE EL RABO AL DEMONIO

Reseña Luis Villoro en un memorable ensayo que después de la toma de Guanajuato por los insurgentes, andaban por las calles algunos indios de las mesnadas de Hidalgo bajándole los pantalones a los realistas muertos.

El sentido de tal investigación no era robar a los gachupines difuntos, sino averiguar si era cierto lo que se decía de que los defensores de Guanajuato eran demonios; porque sólo los diablos podían querer defender tanto abuso e injusticia y maldad pura, y la cosa era comprobable porque deberían tener rabo.

Todavía estamos los mexicanos en esta danza macabra, buscando el rabo a los demonios, y todavía es mucha nuestra decepción, al igual que la de los indígenas del ejército insurgente, al encontramos tantas nalgas rosadas y sin rabo.





VI. DICEN QUE DIJO

Estaba José Miguel Ramón Aducto Fernández y Félix, que había optado por el más económico nombre de Guadalupe Victoria, al mando de uno de los cuerpos insurgentes que atacaban bajo las órdenes de Morelos la ciudad de Oaxaca, cuando el 25 de noviembre del año doce comenzaron a oírse en medio del cañoneo las campanas de las iglesias de Santo Domingo y el Carmen, señal anunciada de que por aquella zona los insurgentes habían entrado a la ciudad.

Guadalupe Victoria, desesperado porque en el frente en el que combatía —un foso y varias fortificaciones realistas con cañones le impedían el paso a sus dragones—, se acercó lo más que pudo a riesgo de que le volaran la cabeza, y no encontrando resquicio ni argucia, dicen que gritó: “¡Va mi espada en prenda, voy por ella!”

Si lo dijo, nomás lo habrá oído él y su alma, porque entre el estruendo de las artillerías, la fusilería insurgente, el repique de campanas y la distancia, nadie lo podía escuchar.

Pero lo que todos vieron es que Guadalupe Victoria, en un acto de locura, les aventaba la espada a los gachupines y con las manos desnudas se soltaba corriendo hacia los reductos.

Y como ésta era guerra de locos y no de cuerdos, de pobres contra ricos, de iluminados contra inquisidores, de alegres contra oscuros, de genialidad suicida y no riesgo calculado, y también pensando que no era cosa de dejarlo solo, los dragones jarochos se lanzaron tras él hacia la gloria, la victoria, la nada o la historia.



Para leer de boleto en el Metro

VIII. LOS ENCUERADOS

Hermenegildo Galeana siempre se hizo acompañar en labores de guerra de una escolta de un centenar de negros de la Costa Chica guerrerense, que por mejor armamento usaban un machete de regular tamaño, el mismo que se utiliza en las plantaciones de azúcar de la región.

Estaban Galeana y sus huestes un día en la hacienda de los Bravo tratando de ganarlos para la independencia con la palabra, cuando aparecieron las tropas del gachupín Garrote a reprimirlo.

Dio la casualidad de que la carga de los dragones realistas se produjo mientras Galeana y sus negros se estaban bañando en el río. Sin guardias y sin reservas, y para dar tiempo a que se reorganizaran los hermanos Bravo en la hacienda, Hermenegildo gritó: “Ahora o nunca”, y se puso en pie, desnudo a mitad del río, imitándolo sus compañeros, que tenían la sabia costumbre de no dejar el machete ni cuando estaban encuerados bañándose, teniéndolo clavado en las arenas cerca de los bajos donde se solazaban.

El brigadier Garrote quedó desconcertado al ver cómo avanzaba sobre sus tropas un centenar de negros encuerados armados con tremendo machetón, aullando y echando agua por todos lados.

El susto fue suficiente para dar tiempo a que los Bravo se reorganizaran, y pronto intervinieron en la refriega cañones y hombres de caballería.

Los realistas se desbandaron y Galeana y sus negros los persiguieron, encuerados aún, durante tres leguas.





Paco Ignacio Taibo II

Todavía, y han pasado mucho años, pocos para una memoria popular que nunca olvida, se sigue diciendo en Guerrero con malicia y buen humor que a los de Garrote les espantó el ídem y no tanto el machete suriano desenvainado.

IX. POR ANDAR DICIENDO VERDADES

Bárbara Rojas, alias la Griega, sirvienta en la casa del capitán realista Varela en la ciudad de Oaxaca, le dijo a su vecina Enriqueta, un día de enero de 1811, que “el cura Hidalgo no andaba haciendo mal a nadie, sólo a los gachupines”. La vecina Enriqueta la denunció al deán de la catedral, Antonio Ibáñez, y éste se fue con el chisme a la intendencia de Oaxaca. Por eso la Griega fue detenida y llevada a la cárcel de Las Recogidas y condenada a un año de trabajos forzados; y anda por los patios de la prisión diciendo que no sólo Hidalgo no hace mal a nadie, sino que si viniera a Oaxaca, haría mucho bien.

XI. EL ÚLTIMO DE LOS GALEANA

En 1821, perdido en las montañas de Guerrero, en tierra de mosquitos y de hombres pobres, sostenía una pequeña guerrilla Pablo Galeana, más por terquedad y fidelidad a los vivos y a los muertos que por otra cosa.

De allí lo había desalojado un año antes el gachupín Armijo, arrasando pueblos y sembrados, y allá volvió a seguir peleando Pablo.

Era el último de los Galeana. Luis, su hermano, había muerto en el sitio de Cuautla en 1813, Juan Antonio, su padre, había muerto el mismo año a causa de unas fiebres durante el





————— **Para leer de boleto en el Metro**
cerco de Acapulco, Hermenegildo, su tío, el mariscal de Morelos, había muerto en combate cerca de Coyuca en junio del catorce, cuando una maldita rama se cruzó ante su caballo en huida.

Ya no quedaban Galeanas. Nomás este ranchero de 40 años, coronel de una partida misérrima de insurgentes que combatía en Zacatula.

Fue entonces cuando le llegó un recado de Guerrero: que ya había independencia, que había un pacto con Iturbide para lograrla. Y llegaron más mensajes que decían que ya casi todo había terminado, y menos mal que Guerrero se acordó de él, porque si no le avisan, todavía seguiría en esos cerros peleando. Galeana no se lo acababa de creer, pero por si las dudas puso a sus hombres a caballo e invadió Michoacán para encontrarse allí con Guerrero.

Una vez que se hubo desmoronado la resistencia realista, Galeana rechazó ofrecimientos civiles y militares y diciendo “me voy tal como vine”, se retiró al rancho del Zanjón, a cultivar la tierra y a recordar a los muertos.

XII. LA MUJER QUE SE LEVANTABA LAS FALDAS

En uno de los sitios de Cuautla, Morelos, necesitado de obligar a los realistas cercados a gastar parque antes de iniciar el asalto, pedía voluntarios para que se acercaran a las fortificaciones y provocaran las salvas. Oficio por demás peligroso el “ir a que te tiren”.

Entre los voluntarios estaba María Reyes, una mujer que se acercaba a los reductos de los gachupines y se alzaba las faldas mostrándoles las nalgas y provocando el tiroteo.





Paco Ignacio Taibo II

Por esas razones y en los tiempos de derrota fue juzgada por la Inquisición y encarcelada durante cinco años.

XIV. LAS AMOTINADAS DE MIAHUATLÁN

A media noche del dos de octubre de 1811 y bajo la luz de la luna, se reunieron ante el cuartel de Miahuatlán un centenar de mujeres, provocando el desconcierto de los soldados. Al rato llegaron otras tres cargando varios garrotes, lo que hizo que el soldado José Pino, que se encontraba de guardia, fuera a avisarle a su teniente; pero ya para entonces las mujeres avanzaban sobre el cuartel con ánimo de bronca.

El teniente Lanza ordenó que mataran a las primeras que intentaran entrar y repartió lanzas a los soldados, pero muchos de estos se quedaron inmóviles y las mujeres cargaron rompiendo el sable en tres pedazos de uno que intentó resistirse; y “armando gran algazara” entraron en el cuartel apaleando soldados y dispersando a los más, rompiéndole la cabeza al cabo Hermenegildo.

Las mujeres traían también machetes y cuchillos y amenazaron con usarlos contra los oficiales, no contra los soldados, que muchos eran sus maridos, y diciendo que no querían hacer guerra a los insurgentes. Pero no hizo falta porque oficiales y clases salieron huyendo.

En la causa establecida para aclarar las razones del motín y juzgar a las cabecillas Pioquinta Bustamante, Romana Jarquín y Mónica la de San Ildefonso, se dijo y no fue desmentido, que las mujeres habían estado echándose unos tragos antes en la plaza, para reunir valor.





Para leer de boleto en el Metro

XVI. LA HISTORIA COMO NOVELA IMPERFECTA

En el año 92 Miguel Hidalgo fue a dar a Colima exilado de rectorías y cargos de Valladolid. Por liberal y mujeriego, dirían las malas lenguas.

Y estando en Colima, durante algunos meses juntó chatarra, pedacería de cobre, palmatorias de velas que sus feligreses no querían, las jaladeras viejas de un cajón, un barreño oxidado... Con este innoble material tenía la intención de hacer fundir una campana.

El chatarrero que se habría de hacer cargo de la fundición le oyó decir que quería hacer “una campana que se oiga en todo el mundo”.

La campana fue fundida, pero la historia, que es como una novela imperfecta, hizo que la campana no lo acompañara a su futuro curato de Dolores, y que no fuera ésa la campana que habría de llamar a rebato a los ciudadanos del pueblo la noche del 15 de septiembre.

La mencionada campana se quedó en Colima y al paso de los años fue fundida para hacer cañones para un regimiento de gachupines realistas.

XVII. LA LISTA DE LOS PADRES DE LA PATRIA ESTABA INCOMPLETA

Tenía 32 años y era un engranaje menor en la conspiración. Pequeño comerciante de Querétaro, Epigmenio González tenía un taller en su casa de la calle de San Francisco. Junto con su hermano Emeterio fabricaba las astas para las lanzas, y ayuda-





Paco Ignacio Taibo II

do por unos coheteros ya había manufacturado unos dos mil cartuchos.

Cuando la conspiración fue denunciada, su nombre fue uno de los primeros en salir a la luz y el día 15 de septiembre los alguaciles registraron su taller, donde encontraron un haz de largos palos y un hombre relleno de pólvora unos cartuchos.

Mientras los acontecimientos de todos conocidos se sucedían, los participantes en la conspiración, detenidos, cayeron en un lamentable rosario de entregas, debilidades, vacilaciones y peticiones de perdón y clemencia. Epigmenio fue uno de los pocos que conservó la dignidad y no denunció a nadie.

Detenido en la ciudad de México, mientras esperaba proceso, participó en la conspiración de Ferrer. Nuevamente descubierto fue condenado a cadena perpetua en el régimen de trabajos forzados, enviado al fuerte de San Diego en Acapulco, donde enfermó y quedó baldado. La humedad de los calabozos y los malos tratos hicieron que empeorara su condición. Más tarde fue deportado a Manila, donde siguió en régimen carcelario con una condena de por vida. Desde lejos, siempre desde lejos, asistió como espectador impotente a los alzamientos y los fracasos del largo rosario de combates de la guerra civil. Cuando en 1821 la defección de Iturbide y su alianza con Guerrero consumaron militarmente la independencia, Epigmenio seguía en la cárcel. Los españoles no reconocieron a la nueva república y mantuvieron en cárcel y reclusión a los presos políticos a los que no reconocían su nueva calidad de mexicanos. No sería sino hasta 1836, cuando se firmó la propuesta paz, que Epigmenio fue liberado. Había pasado 27 años en las prisiones imperiales.





Para leer de boleto en el Metro

La liberación resultó tan terrible como la cárcel; sin dinero, enfermo, sin poderse pagar el viaje para retornar a México, por fin consiguió de las autoridades locales pasaje para España y allí, tras mucho peregrinar, un comerciante se compadeció de sus desventuras y le prestó los dineros.

Había pasado 28 años fuera de su país. Cuando al fin llegó a Querétaro, de sus viejas amistades, de los conspiradores originales, no quedaba nadie, ni siquiera su parentela le había sobrevivido, con la excepción de una anciana tía.

Se acercó al nuevo gobierno y le preguntaron: “¿Y usted quién es?”. Y Epigmenio González contestó muy orgulloso: “Yo soy uno de los padres de la patria, el primer armero de la revolución”. Y le dijeron: “No, cómo va a ser, la lista oficial es: Hidalgo, Allende, Aldama, Morelos... Para ser padre de la patria hay que morir de manera gloriosa y estar en la lista oficial. Usted no está en la lista”.

Terminó su vida como velador de un museo, olvidado de todos, abandonado hasta de sus recuerdos.

Mientras termino de escribir esta notita pensando en Epigmenio González, me juro que he de colaborar a reparar el error, y cada vez que repase la lista oficial: Hidalgo, Guerrero, Morelos, Mina... añadiré a Epigmenio.

Fragmento del libro *Primavera pospuesta*, Ed. Joaquín Mortiz.





Paco Ignacio Taibo II

Periodista, autor de novelas históricas y policiacas, además de fundador y director del festival multicultural “Semana Negra”, de Gijón. Radica en México desde 1958, donde desarrolla toda su carrera de cronista, historiador y escritor.

Cuenta con más de 50 títulos publicados, entre los que se incluyen cuentos, cómics, ensayos y reportajes.

Entre los más conocidos se encuentran: *Héroes convocados: manual para la toma del poder* (1982), que obtuvo el Premio Grijalbo de Novela; *Bolcheviques. Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México 1919-1925* (1987), Premio Francisco Javier Clavijero; *Cuatro manos* (1991), con los premios Internacional Dashiell Hammett y el Latinoamericano de Novela Policiaca y Espionaje; *La lejanía del tesoro* (1992), Premio Internacional de Novela Planeta-Joaquín Mortiz; *Ernesto Guevara, también conocido como el Che* (1998), Premio Bancarella, y *Pancho Villa* (2007). Sus más recientes publicaciones son: *El retorno de los Tigres de la Malasia*, *Los libres no reconocen rivales*, *El Álamo*, publicados por Editorial Planeta; y *Pancho Villa toma Zacatecas*, libro cómic, en colaboración con EKO, de Editorial Sexto Piso.





Para leer de boleto en el Metro Segunda temporada 1

Se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2013 en la
Ciudad de México. Impreso en talleres Ajusco.

Se ocupó papel Diario de 45 grs. Las tipografías utilizadas
fueron Book Antiqua 12 puntos y
Times New Roman 10 puntos.

El tiraje fue de 250 mil ejemplares.

